

DE CLARA DE SINTEMORES.

EL

RAVINISMO

EN SOLFA.



MADRID—1887

DE AGUADO, JIMÉNEZ Y

Montejos, 8

008256

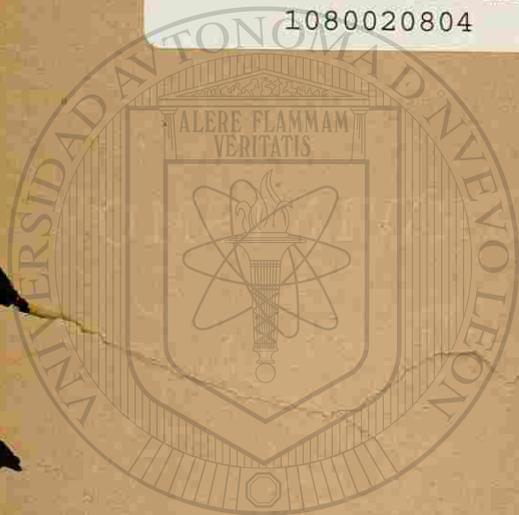
QH366

S5

C. 1



1080020804



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL DARWINISMO

EN SOLFA

POR

D.^a CLARA DE SINTEMORES.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Vaquerde y Teller

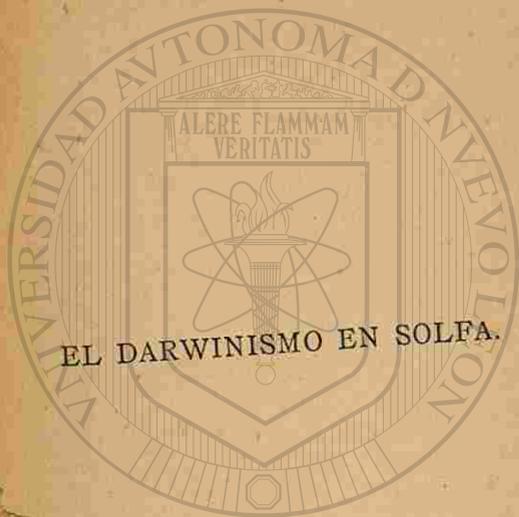
MADRID—1887

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJO DE AGUADO
Pontejos, 8



Capilla Alfonsina

7 44915



EL DARWINISMO EN SOLFA.

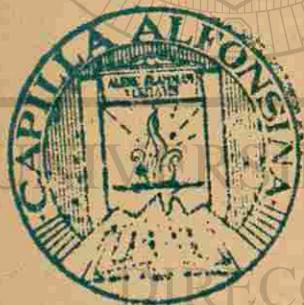
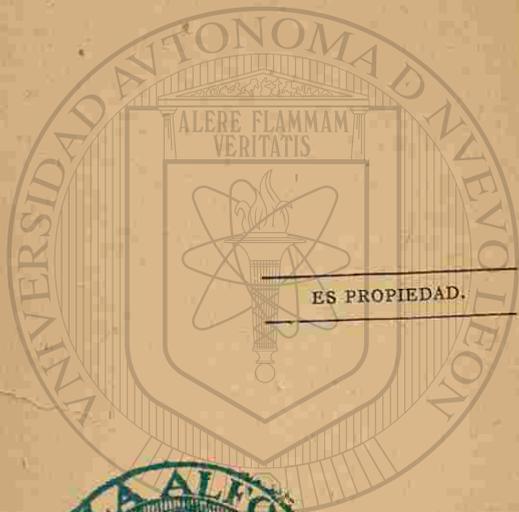


CUASI PRÓLOGO.

EL motivo de la publicación de estos artículos, que ahora por vez primera se reúnen en forma de libro para que haya uno más entre tantos como circulan por el mundo, ha sido el siguiente:

En la primavera de 1883 se anunció en la prensa de Badajoz que el director de aquel Instituto de segunda enseñan-

008256



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

za estaba imprimiendo un trabajito suyo acerca de la doctrina de Darwin.

El Avisador, periódico católico de aquella ciudad, se puso desde luego en guardia, sospechando que pudiera ser un gazapo mayúsculo el libro de Fuertes Acebedo, que así se llamaba el autor, y publicó un suelto diciendo que vería con sumo agrado el libro, pero que no le auguraba buen éxito, si, como temía, defendíase en él la doctrina trasformista.

Terminada la impresión, y puesto el libro á la venta al precio de tres pesetas, inmediatamente tuvieron un ejemplar las señoras que redactan aquel valiente periódico, y sin perder tiempo empezó Doña Clara Sintemores la serie de artículos que hoy anunciamos al público, después de haber sido corregidos y adicionados por la misma.

El efecto producido por estos artículos en la culta Extremadura fué maravilloso, pues antes de llegar al quinto había desaparecido el libro de la venta

pública, recogido por su autor, que veía triturada la doctrina darwinista, ahuyentados los compradores de su trabajo y maltrecho su nombre científico, hasta el punto de no poder exhibirse en los sitios públicos sin que su presencia excitara la hilaridad.

Visto esto por Doña Clara, generalizó la impugnación de la doctrina darwiniana, y sin perder de vista el libro del Sr. Fuertes, nos trazó en los artículos siguientes una no menos enérgica que graciosa demostración de lo ridículo y falso del sistema de Darwin, que tanto ruido viene metiendo en el mundo científico, aunque modificado por sus discípulos y admiradores.

Desde entonces no han cesado los ruegos de cuantos habían leído en *El Avisador* los artículos de Doña Clara, para que éstos se reunieran en un volumen y se publicaran, en bien de la religión, de la patria y de la ciencia; hasta que vencida la constancia y oposición de aquella señora, nos ha permiti-

tido la reimpresión y publicación de su trabajo.

Siendo tantos los libros perniciosos que ven cada día la luz, creemos hacer un beneficio á nuestros semejantes con la publicación de este pequeño volumen, cuya agradable lectura, no lo dudamos, instruirá y divertirá á cuantos tengan la fortuna de pasar la vista por sus páginas.

LOS EDITORES.



EL DARWINISMO

EN SOLFA.

I.

PRELUDIOS.

Mi padre fué chimpancé,
Y mi abuelo orangután,
Mi bisabuelo lagarto,
Y yo soy..... hombre formal.

HE aquí expresada en pocas palabras la síntesis de un libro, del que nos dijo el día anterior *La Democracia* haber recibido un ejemplar, y del que *El Eco* de Fregenal hace un caluroso pa-

tido la reimpresión y publicación de su trabajo.

Siendo tantos los libros perniciosos que ven cada día la luz, creemos hacer un beneficio á nuestros semejantes con la publicación de este pequeño volumen, cuya agradable lectura, no lo dudamos, instruirá y divertirá á cuantos tengan la fortuna de pasar la vista por sus páginas.

LOS EDITORES.



EL DARWINISMO

EN SOLFA.

I.

PRELUDIOS.

Mi padre fué chimpancé,
Y mi abuelo orangután,
Mi bisabuelo lagarto,
Y yo soy..... hombre formal.

HE aquí expresada en pocas palabras la síntesis de un libro, del que nos dijo el día anterior *La Democracia* haber recibido un ejemplar, y del que *El Eco* de Fregenal hace un caluroso pa-

negirico, entonando en loor del autor y de su obra las peteneras más saladas que han salido de boca andaluza.

También á nosotros ha llegado otro ejemplar remitido por un chusco, según consta de la dedicatoria, que debe tener interés en conocer el juicio formado por *El Avisador* acerca del *Darwinismo, sus adversarios y sus defensores*, que este es el título del libro. Al autor se le conoce en el mundo profano por Don Máximo Fuertes Acevedo, y en el oficial por..... Director del Instituto.

Lo prometido es deuda, decimos en España; y *El Avisador*, que desea tener sus cuentas corrientes con todo el mundo, se propone pagar al Sr. Fuertes lo que le ofreció, allá cuando se dijo que estaba en prensa el enunciado libro. Era una promesa disyuntiva, porque habíamos ofrecido alabanzas ó *varapalos*, según el caso; y han resultado *varapalos*, porque así lo quiso el Sr. Acevedo.

Aquí viene á pelo una copleja, que

oimos cuando niños á una moza asturiana, sirvienta de un honrado labrador de Cabeza del Buey:

Dos cosas te prometí,
Bien amado de mi alma;
Non has querido la dulce,
Pues tragaite ora la amarga.

Es decir, que el libro es la defensa del trasformismo; pero no es una defensa franca y leal, sino, al contrario, artera y disimulada, como de quien, ó no tiene conciencia de lo que dice, ó le falta valor para decirlo.

Habíamos pensado empezar por el artículo del *Eco* nuestros *varapalos*, pero como el articulista tiene la franqueza de confesar que «no es perito (bien se conoce) en estudios de esta índole para poder formar juicio», y «que no es darwinista, porque no posee los conocimientos indispensables en la materia para poder formar juicio», calculen los lectores en qué aprieto nos encontramos para decir algo á un escritor que empieza sus lucubraciones por de-

clarar en alta voz: «Señores, yo no sé lo que digo, porque no entiendo una jota de lo que se trata».

No vemos otra salida que esta contestación que damos al *Eco*: Si V. no sabe lo que se pesca, no haga V. el oso, y cállese la boca, que es lo prudente.

¿Por qué no se habían de establecer títulos académicos para escribir? ¡Vaya una gracia la del escritor que se propone ilustrar al público, y empieza diciendo «no lo entiendo» y concluye asegurando «no hagan VV. caso de mí, que soy un bodoque»!!!

Siendo tal el articulista del *Eco*, dejémosle en paz y vamos al libro.

Consta de diez piezas, seis menos que la mitad de un juego de ajedrez; la primera es la *dedicatoria*, la segunda una *palabra sobre este libro*, la tercera el *prólogo* y las demás otros tantos capítulos, en que el autor desenvuelve su plan, á guisa de prestidigitador que recibiendo unas tiras de papel, saca luego

de entre ellas por virtud de transformaciones varias, un pavo, dos liebres, y algún otro bichejo, como han visto nuestros lectores no ha mucho en el reducido teatro de esta capital.

Deseando nosotros contribuir en lo que esté de nuestra parte á la difusión ó derrame de la *ciencia* entre el pueblo, fin que movió al Sr. Fuertes á escribir su libro y publicarle después de escrito, vamos á examinar, ciencia en mano, cada una de esas piezas, dando comienzo á nuestra tarea por la primera, y divulgando así la fama del Sr. Director.

Está dedicado al Director general de Instrucción pública, lo cual nada tiene de particular; antes nos parece muy bien. Pero no comprendemos cómo el Sr. Riaño pueda ser diputado de la Real Academia de San Fernando, según se desprende del contenido de dicha *dedicatoria*, pues hasta la fecha no sabíamos que hubiera diputados de dicha Academia, y sí solamente miembros ó individuos de la misma. Juntado esta

diputación con la alta ¹ honra que tiene el dedicante de hacer la dedicación, forman una dedicatoria corta, pero completa.

Y basta por hoy, que mañana será otro día.

¹ ¿Se podrá saber cuántos metros tiene de altura?



II.

LÓGICA DARWINISTA.

Del sistema *Darwin* soy entusiasta;
Mas en llegando á ciertas consecuencias,
Que pudieran llamarse impertinencias,
Acorto la jornada y digo: Basta.

DE este género es la filosofía del Sr. Fuertes, como se manifiesta en la segunda pieza del proceso que empezamos á formar á su libro sobre el *darwinismo*.

Porque después de empezar, afir-

mando que la cuestión del trasformismo entraña cuestiones graves, añade: «Mas nosotros al publicar este libro, exposición del sistema darwinista y nada más, *prescindiremos de toda deducción, y huiremos de las consecuencias á que inevitablemente da lugar la doctrina trasformista*, y sólo consideraremos el principio y la teoría de Darwin en su concepto científico.»

Pues, Sr. D. Máximo, ó no hay lógica en el mundo, ó hay que tragar las consecuencias después que se han engullido los principios. ¡Conque V. huye de las consecuencias á que inevitablemente da lugar la doctrina del trasformismo! Por mucho que V. quiera evitarlo, le ha de suceder lo que á las gentes asustadizas que, cuando ven algún fuego fatuo echan á correr despavoridas, creyendo y temiendo tropezarse con algún alma del otro mundo; y sucede que mientras más corren, más se les acerca (V. sabe por qué) el temido fantasmón. Corra V. cuanto quiera

huyendo de las consecuencias del darwinismo; que tampoco han de quedarse rezagadas estas consecuencias, y le seguirán á V. donde quiera que huya, como la sombra al cuerpo, ó como la consecuencia al principio.

La razón que da el Sr. Director del Instituto para huir de las *consecuencias* es: porque sólo considera la teoría de Darwin en su *concepto científico*.

¡Si tuviera D. Máximo la amabilidad de decirnos lo que entiende por concepto científico!

Porque nosotros no entendemos bien el concepto de su concepto; ya que habíamos aprendido cuando estudiamos lógica, que la *ciencia* no consta sólo de principios, sino también de consecuencias, tan íntimamente unidas con aquéllos como la mano al cuerpo y como la rama al árbol. Y como por la estructura de las ramas juzgamos de la naturaleza del árbol, también por la bondad de las consecuencias juzgamos la de los principios: afirmando con

razón ser éstos falsos, cuando aquéllas son absurdas.

O rechaza V. el principio,
O admite la consecuencia;
Lo demás es puro ripio
Y claro ultraje á la ciencia.

El Sr. Director teme las consecuencias darwinistas, porque teme el ridículo que consigo llevan, ridículo ineludible, que bastaría por sí solo, aunque no hubiera otras pruebas, para denunciar ante la conciencia humana ultrajada, la doctrina del trasformismo. Por lo cual quiere curarse en salud diciendo: «Que hora es ya que los contradictores de cualquier sistema científico, como lo es la doctrina de Darwin, se despojen de la antigua manera de discusión; si es que puede llamarse discutir, como acontece por punto general en España, el zaherir y emplear palabras más ó menos huecas, ó altisonantes, cuando no términos impropios del hombre culto; que no da seguramente un ápice más de razón á los que combaten el darwi-

nismo, tener por *bestias* ó *bestialistas* á Darwin y sus partidarios, y llamar á cada paso *absurdo*, *necedad*, *despropósito*, *patraña*, etc., á lo que estos defienden razonándolo.»

Esto dice el Sr. Acevedo, que tan amigo es de D. Quijote. ¿Cómo no le ocurriría á Cervantes, para desterrar los andantes caballeros, *revestir su historia de grandes caracteres de seriedad*, en vez de *combatirlos con las armas del desprecio ó del ridículo*?

¿Y el padre Isla no sabría que *en la lucha noble y leal se deben usar armas del mismo temple*; y que *á los razonamientos y á los hechos de observación deben oponerse otros razonamientos*?¹

Y Luciano, y Horacio, y tantos otros escritores, así antiguos como modernos, todos de gran talla, ¿no comprenderían que era poco culto usar la

¹ Lo subrayado son frases del Sr. Fuertes en la introducción.

sátira, que sólo debieran manejar hombres de pocos alcances, y á falta de razones? Porque esta es la teoría de Don Máximo.

Pues nosotros, que no entendemos, como el Sr. Fuertés, que en las cuestiones científicas merecen siempre gran respeto todas las opiniones, aun las menos racionales, sino al contrario, que merecen respeto las que sean respetables, y risa las que sean risibles, hemos de seguir, en uso de nuestra libertad, el criterio opuesto, y reirnos á mandíbula batiente de lo que en el sistema de Darwin produzca hilaridad.

Porque si es cierto que el ridículo y la broma no da un ápice más de razón, lo es más que tampoco la quita; y las cosas han de tratarse según sean, y al que se viste de máscara y hace una carnavalada se le trata de tú.

Y como en esta tierra de garbanzos llamamos cordero al hijo de la oveja, ternero al hijo de la vaca, y buche al hijo de la burra; así también

llamamos hombre al hijo de la mujer, y bestia al hijo de la bestia.

¿Se enfadan con esto los darwinistas? Pues tengan paciencia y aguántense, que no por darles gusto hemos de alterar nuestro diccionario.

¿Se dan por ofendidos, si al decirnos que ellos son descendientes de los monos, les replicamos nosotros: entonces seréis monos? Pues que quiten el padre, ó que dejen el hijo; porque el hijo siempre ha sido como el padre, en lo que á la especie se refiere.

Aunque el Sr. D. Máximo parece ignorar aquella clase de argumentos, que llaman *ad absurdum*, debe conocer, que el carácter español, sobre todo en las provincias meridionales, es de suyo jacarero; y puesto que oportunamente avisado en nuestro periódico, para que no defendiera el darwinismo, no quiso hacer caso, aténgase ahora á las consecuencias, y no culpe á nadie más que á sí mismo, que sentó el principio.



III.

ABUELOS DE LA NIÑA.

—²/₂—
Un prólogo de forma estrafalaria
Que de Darwin nos muestre la ascendencia,
Era cosa del todo necesaria
Para casar la antigua y nueva ciencia.

Y como lo que es necesario se da
en el orden real, también se dió
el prólogo que aparece al principio del
libro del Sr. Fuertes, que viene sirvien-
do de materia á estos varapalos.

Es el prólogo á que nos referimos

una especie de vindicación *histórica* del *darwinismo*. Porque como cada quisque tenemos nuestra miaja de vanidad, y no queremos ser tenidos nunca por noveles, el Sr. D. Máximo que notó la antigüedad de la especie humana en el sistema de Darwin, pues procede nada menos que de la primera *célula* viviente, quiso dar á la doctrina tantos pergaminos como cupieran en una casa, haciéndola originaria del primer filósofo que se ocupó en investigar el origen de los seres, de Tales, fundador de la filosofía griega. ¿Les parece á VV. despreciable la alcurnia del trasformismo?

Pues nada menos que al pobre Tales quiere el Sr. Fuertes colgarle el sambenito transformista, porque tuvo la ocurrencia de decir que «el agua era el principio generador de todos los seres, del cual todos se forman y en el cual todos se resuelven».

Conocido el primer defensor del *darwinismo*, como si dijéramos, el *aborigen* de los trasformistas, no era difícil con-

servar de siglo en siglo este fuego sagrado de la ciencia, á la manera que las *Vestales* lo conservaban en Roma y los *Magos* en Persia. Y en efecto, «*Heráclito, Empédocles, Aristóteles, Plinio, Lucrecio, Virgilio* y otros muchos, emiten en sus obras conceptos de trasformaciones que ocurrieron y ocurren en la tierra».

De todos estos personajes citados por el Sr. Acevedo como precursores del *darwinismo*, sólo le concedemos á *Empédocles* y *Lucrecio*, y si tiene mucho empeño le cederemos además á *Heráclito*, rogando de paso al Sr. Director que no levante falsos testimonios á los escritores antiguos.

De *Empédocles* dice el Sr. Fuertes, que defendía la eternidad de la materia increada, añadiendo con la mayor candidez: «que esta opinión es la más conforme con la teoría de Darwin».

Pues señor: ¡buena recomendación ha buscado D. Máximo al *darwinismo*! Si la teoría de Darwin es lo más con-

forme con un disparate, ¿qué tal será la dichosa teoría? A cualquiera se le ocurre que ha de ser disparatada; y el Sr. Acevedo, al querer autorizarla con las sentencias del filósofo griego, no ha hecho otra cosa más que ponerla en evidencia. Ahora bien; que la doctrina de la materia eterna é increada sea una locura, demuéstalo lo más rudimentario de la filosofía, como sabe bien el Sr. Fuertes.

El epicúreo Lucrecio es, á no dudarlo, otro de los antecesores de Darwin, por lo menos en lo que se refiere á la generación espontánea, pues asienta muy formal que los hombres nacieron de la tierra á manera de hongos. Y respondiendo á la observación que le hacían de que nuestro planeta ya no tenía tal virtud, dice que «de ha sucedido lo que á las mujeres que, en llegando á viejas, dejan de parir!!!! Son textuales sus palabras.

Por manera que el argumento del Sr. Fuertes en su prólogo pudiera for-

mularse así: «Muchos hubo en la anti-güedad que enseñaron gravísimos errores: luego no hemos de negar á los modernos el derecho de reproducirlos corregidos y aumentados; ni tampoco el derecho de *ilustrar la opinión* divulgándolos entre las gentes, que los ignoran». Si lo desea D. Máximo le daremos la enhorabuena.

Previniendo el Sr. Fuertes en el mismo prólogo á sus lectores contra las contradicciones de que es objeto la doctrina darwinista, les recuerda lo ocurrido con Galileo en Roma y con Colón en Salamanca. ¡No faltaba más que no saliera Galileo á relucir! ¡Parece, en vista de tanto traer y llevar á Galileo, que es el abogado de los pobres!

¡Pero vamos á ver, Sr. D. Maximol ¿Por qué levanta V. falsos testimonios á Galileo? ¿No sabe V. que la célebre frase *é pur si muove* es una filfa inventada á fines del siglo pasado? ¿No ve usted que sienta mal á los hombres de 1883 comulgar con las papas de los

enciclopedistas y que se rebaja el mérito literario y científico del Sr. Director del Instituto de Badajoz con esas citas inverosímiles en medio de tanta luz?

«El sabio Cristóbal Colón se vió obligado á discutir su portentosa pericia en la ciencia geográfica y cosmográfica en una asamblea de teólogos y filósofos del convento de San Esteban de Salamanca, á quienes el ilustre genovés no pudo convencer que existía un mundo ignorado más allá de los mares conocidos. Y sin embargo de tan torpe y fanática oposición, por creerse entonces que tales ideas se oponían á la relación bíblica, hoy son verdades tan ciertas como la existencia del sol y los planetas».

Con toda esa prosopopeya se explica el Sr. Fuertes en lo relativo á Colón. ¡Si habrá estudiado la Historia de España por la de su compañero y amigo el Sr. D. Anselmo Arenas? Porque á juzgar por la muestra, parecen ambas del mismo paño. Ya llegará el día, y si

Dios quiere no tardando, en qué demos un vapuleo á tal historia ⁴; aunque el Sr. D. Máximo se corfirmen en la idea preconcebida de que *El Avisador* es enemigo del Instituto. Le tranquilizaremos hoy, asegurándole que el *El Avisador* no es enemigo de nadie, y mucho menos de los centros de enseñanza; que estima en lo que valen los esfuerzos de los señores profesores porque aquella se propague; que ama, en una palabra, con toda su alma la ilustración. Mas por lo mismo no ha de permitir, en lo que pueda, que se dé gato por liebre; y mucho menos, cuando el engaño proceda de personas que por oficio están obligadas á enseñar la verdad, y nada más que la verdad.

Hecha esta pequeña digresión, volvamos á nuestro asunto.

¿Dónde vió el Sr. Fuertes que Colón

⁴ Ya se le ha dado, y, con el título de *Un libro de texto*, anda impreso en dos tomos que se venden á peseta cada uno.

no pudo convencer á los frailes de San Esteban y otros varones doctos de la célebre Universidad, de que existía un mundo ignorado? ¿A que no presenta un documento digno de fe donde se consigne semejante dislate? Ciertamente que algunos extranjeros nos han calumniado, como en otros puntos, con motivo de las conferencias de San Esteban; ¿pero el Sr. Fuertes cree lo que dicen contra su madre las vecinas de enfrente, sin someterlo á examen riguroso y preguntar á los de casa?

¿No ha leído la vindicación que hizo de la Universidad salmantina su actual Bibliotecario? ¿No ha leído la hecha en favor de los frailes por el P. Manóvel? Y sobre todo, ¿nada dicen los hechos? Porque lo cierto es que la Reina Católica se decidió á favorecer los designios de Colón á poco de concluir la conquista de Granada, vendiendo para ello sus joyas. ¿Quién la inclinó en favor de aquel hombre que entró en nuestra tierra pidiendo pan, á quien públi-

camente consideraban como aventurero, y cuyas peticiones habían sido rechazadas en Portugal, en Génova, y también quizá en otras partes?

¿Si habrá interés por parte del señor Acevedo, como lo hay por parte de los escritores enemigos del Catolicismo, en privar á éste de sus glorias? Porque lo cierto es que la de hacer nosotros el descubrimiento y conquista de América se debió á *tres frailes*. Al P. Marchena, Prior del convento de la Rabida, que recibió á Colón y su hijo, dándoles de comer por amor de Dios; y comprendiendo desde luego que aquel pordiosero no era un hombre vulgar, después de tratar á la larga con el marino, le recomendó eficazmente en su pretensión al P. Talavera, confesor de la Reina, y ya tenemos el segundo *fraile*; siendo por fin el tercero el P. Deza, del convento de San Esteban, quien, no solamente comprendió el pensamiento del genovés, sino que se convirtió como en su ángel tutelar, dándole cuanto necesi-

taba dentro y fuera de Salamanca. ¡Pero eran *frailes!* y está *probado* que los *frailes* ni entienden las ciencias ni hacen nada bueno. Además alguno de ellos perteneció á aquel terrible *poder*, cuyo sólo nombre crispa los nervios del Sr. Fuertes.

En conclusión, que este señor ha levantado otro falso testimonio á los teólogos y filósofos de Salamanca. ¿Si creerá el Sr. Acevedo que no va con él el octavo mandamiento?

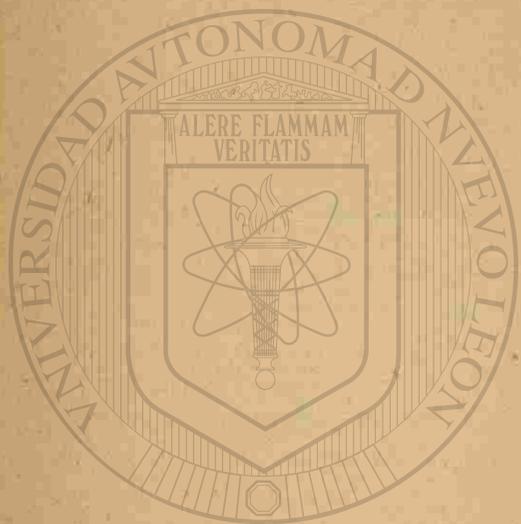
Todavía levanta otro, y este es más grave, á la ciencia, en las palabras siguientes: «La misma pluralidad de mundos habitados, ¿no fué considerada como un delirio ó un absurdo, por oponerse á la mezquina y ridícula idea de que sólo este pobre grano de arena que se llama tierra, era el único mundo habitado? Y sin embargo, ¿hay hoy un sólo hombre de ciencia—que no admita la *existencia* (¿en verso, D. Máximo?) de seres en todos los planetas y hasta en todos los astros?»

Oiga V., D. Máximo, estos cantares.

Por las estrellas
Yo caminara
Y las hallara
Puras y bellas.
Sus habitantes
Fuertes y sanos,
Unos enanos
Y otros gigantes.
Con bigotillos
Apuntalados
Y más rabados
Que unos diablillos.

¡Ni tan gordas, Sr. Fuertes, ni tan gordas, que ya la *ciencia* no puede con tanto! ¿Quién le ha dicho á V. que todos los hombres de ciencia admiten la existencia de habitantes en los astros? ¿Quién los vió? ¿Quién los oyó? ¿O quién vino de tan lejos á contárselo á V? Los hombres de *ciencia* admiten la *posibilidad* y nada más, porque nada más saben. ¿O para V. todo lo posible es real? ¡Feliz V. en tal suposición!

Pero basta ya de *prólogo*, y pasemos á otra cosa.



IV.

DARWIN.

Abúltanse los montes,
Asústase la gente
Y nace en continente
Raquíptico ratón;
Que corre por los prados
Buscando un agujero,
Hasta que un gato fiero
Le coge el corvejón.

Los antiguos Arúspices hacían grandes preparativos, y se rodeaban de misterios antes de dar respuesta á los tontos que pagaban dinero por oír una simpleza.

Algo parecido sucede con el libro

del Sr. Fuertes sobre el darwinismo. Después de la dedicatoria escribe *una palabra sobre el libro* con cierto aire misterioso, que hace pensar al lector si será el libro alguna cosa grande. Luego pone un prólogo que vale un Perú, como se ha visto en el artículo anterior, donde descubrimos algunos de los muchos *quid pro quo* que encierra.

Ahora que debía entrar de lleno en la materia darwinista, todavía necesita algunos *preliminares*; pues no es cosa de abordar sin preparación alguna la defensa solapada que ha de hacerse del darwinismo en el resto del libro, que, á juzgar por los preparativos, va á ser más voluminoso que los *físicos* de Aristóteles.

Aun ha de parecer al Sr. Fuertes poca preparación la *palabra*, el prólogo y los *preliminares*, porque en el capítulo siguiente le veremos entrarse por el campo de la *Geología* y *Paleontología* con el fin de enterar á sus lectores de algunas cosas que no sepan; y que tam-

poco sabrán, por supuesto, después de leído el capítulo geológico-paleontológico. Y después de tanta preparación y tanto aparato, ¿qué resulta? Nada. Lo que decían los antiguos: *Parturiunt montes, nascetur ridiculus mus*.

Así es el libro de D. Máximo. Mucha preparación, mucho aparato, muchos preliminares, mucho alardear de imparcialidad y de no salir del terreno científico, para resultar después con lo que irá viendo el curioso lector.

En el capítulo primero, ó sea en los *preliminares*, nos dice «que Darwin es una de las figuras más brillantes del mundo científico, por su gran talento, lo vastísimo de sus conocimientos y la delicada y minuciosa crítica que respiran todas sus obras».

No negaremos nosotros que Darwin tuviera mucho talento y muchos conocimientos en las ciencias naturales; que reuniera multitud de hechos que enriquecieron los conocimientos humanos; pero de ahí á proclamarle como un

oráculo, á ponderar tanto su crítica y su *ciencia* como lo hace el Sr. Fuertes, hay mucha distancia. La ciencia no la constituyen los hechos por muchos y bien observados que se supongan. La ciencia es algo más, y ese algo es lo que no vemos en Darwin.

La resonancia que produjeron en el mundo sus escritos nada significa en pro de la verdad de la teoría darwinista, porque también las grandes aberraciones hacen mucho ruido.

Había en Éfeso un famosísimo templo que era la admiración de propios y extraños, cuando á un tal Eratostrato que tenía grandes deseos de inmortalizarse, se le ocurrió ponerle fuego para lograr así lo que no podía conseguir por otro camino. Y en efecto lo consiguió, porque su nombre, que no sería conocido por nadie, á no haber mediado la quema del templo, es hoy, y será siempre, célebre en la historia humana. Celebridad triste debida á una locura, poco importa; él obtuvo lo que deseaba.

«Su sistema científico, habla D. Máximo, no descansa en principios tan ciertos que no necesiten confirmación.»

Eso mismo decimos nosotros y algo más, porque el sistema darwinista descansa en principios falsos, cual es la eternidad de la materia increada; y por eso es falso y falsísimas sus consecuencias, como deducidas de falsos principios. Por lo cual en vano se rompe la cabeza el Sr. Fuertes para hacer pasar como aceptable semejante teoría, pues nunca es aceptable lo falso.

«La teoría de Darwin, continúa el Sr. Director del Instituto, no es, en verdad, nada nueva»... «Y á pesar de que el darwinismo no es una idea nueva»... «El hecho podrá no ser exacto, pero repetimos que tal como está expuesto tampoco es nuevo».

No sea V. tan cansado, Sr. Acevedo. ¿Para qué escribió V. el prólogo sino para decirnos que el darwinismo no es nuevo, presentándonos su genealogía que hace V. arrancar de los albores de

la filosofía griega? Y todavía en menos de dos páginas nos espeta V. otras tres veces que no es nuevo. ¡Vaya por el hincapié que V. toma en hacernos creer que es más viejo que la zamarra de Adán! Séalo enhorabuena; que no por ser viejo ha de ser bueno, pues sabido es que los niños malos suelen, cuando llegan á la ancianidad, ser bastante peores. Y esto mismo sucede al sistema de Darwin, por más que V. y otros trabajen para beatificarlo.

Conque no es que se resintiera el amor *propio* del hombre, como V. dice, sino que se resintió el amor á la verdad, que tan mal parada sale en la teoría darwinista y en su libro apologético.



V.

UN CANTO RODADO.

El amibo ó amiba ¹,
 Que del agua nació con alma viva,
 Cuando le dió la gana
 En pez se trasformó, si no fué en rana:
 Ensanchando más tarde sus pellejos
 Formó..... varios bichejos.
 De estas trasformaciones como fruto
 Resultó el Director de un Instituto.
 Si este sigue la norma
 Veremos en qué bicho se transforma.

HAREMOS gracia á nuestros lectores del capítulo referente á la *geología y paleontología* para poner des-

¹ Lllaman amiba los naturalistas á un género de infusorio consistente en una masa de sustancia glutinosa y trasparente que se cria en las aguas estancadas. Para los darwinistas es el primer ser viviente.

la filosofía griega? Y todavía en menos de dos páginas nos espeta V. otras tres veces que no es nuevo. ¡Vaya por el hincapié que V. toma en hacernos creer que es más viejo que la zamarra de Adán! Séalo enhorabuena; que no por ser viejo ha de ser bueno, pues sabido es que los niños malos suelen, cuando llegan á la ancianidad, ser bastante peores. Y esto mismo sucede al sistema de Darwin, por más que V. y otros trabajen para beatificarlo.

Conque no es que se resintiera el amor *propio* del hombre, como V. dice, sino que se resintió el amor á la verdad, que tan mal parada sale en la teoría darwinista y en su libro apologético.



V.

UN CANTO RODADO.

El amibo ó amiba ¹,
 Que del agua nació con alma viva,
 Cuando le dió la gana
 En pez se trasformó, si no fué en rana:
 Ensanchando más tarde sus pellejos
 Formó..... varios bichejos.
 De estas trasformaciones como fruto
 Resultó el Director de un Instituto.
 Si este sigue la norma
 Veremos en qué bicho se transforma.

HAREMOS gracia á nuestros lectores del capítulo referente á la *geología y paleontología* para poner des-

¹ Llamam amiba los naturalistas á un género de infusorio consistente en una masa de sustancia glutinosa y trasparente que se cria en las aguas estancadas. Para los darwinistas es el primer ser viviente.

de luego ante sus ojos la doctrina de Darwin según la expone el Sr. Fuertes; primero, porque no hace al caso cuanto dice dicho señor en el citado capítulo, aunque haya en él bastante que corregir, y segundo, porque, como después veremos, según confesión del interesado, una y otra ciencia son adversas á la teoría darwiniana.

Trátase nada menos que de saber si los vivientes proceden de otros vivientes de su misma especie, ó por el contrario las especies han ido apareciendo sucesivamente en virtud de transformaciones varias originadas por la fuerza interna y expansiva de la materia.

Hasta hace poco todo el mundo, incluso los sabios, había creído que para la existencia de un ser vivo era necesaria la de otro ser vivo de la misma especie, sin lo cual no podría darse eso que llaman generación. Pues los pocos que se atrevieron en la antigüedad á contradecir la doctrina co-

mún nunca tuvieron gran renombre: y eso que no habían manifestado sus ideas de una manera tan clara y terminante como los trasformistas de nuestros días, contentándose con asentar algunos principios que favorecen en parte la teoría que combatimos. Tal sucede con la eternidad de la materia admitida por algunos filósofos griegos de que ya dejamos hecha mención.

Mas ahora lo han arreglado de otra manera y quieren que los seres todos procedan unos de otros mediante transformaciones cada vez más perfectas, hasta llegar al hombre, que hoy por hoy es lo mejor que hay; mañana quizá, según ellos, el hombre se convertirá en..... cualquier otro bicho.

Esta es la *ciencia* que tan orgulloso pone al Sr. Fuertes. Pero dejémosle hablar:

«Y la verdad es (dicho sea sin que en nuestras palabras se vea más que una observación) que es difícil á nuestra razón, comprender *como hombres de*

ciencia, que hayan podido *aparecer de repente* en la tierra en cierta época geológica, los grandes reptiles, y en otra diferente los grandes mamíferos; tal manera de explicar la aparición de la vida es de todo punto inconcebible; hallándose en contradicción con lo que nos dice la Biología y el sentido común: á no ser que en cada una de esas apariciones se haga intervenir la mano directa de la Providencia: entonces, admitida la época ó épocas de los milagros en las diversas series de tiempo, la ciencia tiene que enmudecer, estando demás todos los estudios y observaciones».

Hemos copiado este largo párrafo para que se vean los puntos que calza D. Máximo en la materia.

Para él es inconcebible (como hombre de ciencia, por supuesto, ¡no faltaba más!) la repentina aparición de los seres: pero en cambio, sin grandes esfuerzos de imaginación, comprende perfectamente que por la acción de los

grandes trastornos geológicos se convierta un ratón en un elefante y una mariposa en una águila.

Esto lo comprende D. Máximo muy bien; y, lo que es más admirable, lo comprende sin «grandes esfuerzos de imaginación». De donde se deduce una consecuencia de grandísima importancia para entender el libro del Sr. Fuertes; á saber: que las entendederas de dicho señor están colocadas en *la loca de la casa*, como llama un médico francés á la imaginación; y por tanto que su ciencia es una *ciencia imaginaria*. Lo habíamos adivinado, pero no nos atrevíamos á decirlo.

Esta fácil comprensión del señor Fuertes débese en gran parte á la antipatía que tiene (como hombre de ciencia, se entiende), con los milagros: pues más adelante nos dice con mucho énfasis: «La ciencia no admite el milagro». Y todo esto sin saber lo que es milagro: porque, según se expresa, da bien claro á conocer á todo el que no

entienda con la imaginación, que ignora en absoluto la naturaleza del milagro.

Pregunte si no su mercé al Sr. Castilla, defensor de la masonería y compañero de profesión, y él le responderá.

En efecto, todo milagro es la derogación de las leyes naturales en un caso particular; y no puede haber derogación de la ley cuando no hay ley, y antes de la creación de los seres no había leyes por las que estos se rigieran.

Conque vea el Sr. Fuertes que su ciencia *imaginaria* no tiene poder alguno contra los milagros, traídos á cuento sin cuenta ni razón.

Tratándose de la ciencia del señor Fuertes ya se comprende que no admita el milagro, porque dejaría de ser lo que es, imaginaria. Mas tratándose de la ciencia no imaginaria, es una patchada el asegurar que no admite el milagro; pues la ciencia admite lo que hay, como que es el conocimiento de

las cosas: habiendo, pues, milagros y no pocos, ¿qué ha de hacer la ciencia sino admitirlos?

Pero dejemos ya el milagro y volvamos al libro. Es lo cierto que, existiendo seres vivientes, y no pudiéndose dar un proceso infinito, han de haber tenido principio, ha de haber existido un primer viviente origen de los otros en su especie, y sin más generante que el poder de Dios, ó de alguna causa físico-química. Los darwinistas sostienen esto último, que lleva el nombre de generación espontánea. O lo que es lo mismo, para ellos es poco que el hombre proceda de un mono, de un langosto, de un bichejo más pequeño é insignificante que una hormiga; el hombre procede de los cantos ó de las arenas del desierto; es un pedazo de pizarra ó de cuarzo andante.

El día menos pensado hemos de ver salir de la redoma de un químico un hombre hecho y derecho, como el Marqués de Villena.

Oxígeno y carbono
 Primeramente,
 E hidrógeno y azufre
 Forman los seres.
 Y ya con estos simples
 Un boticario
 Fabricará los hombres
 Como hace emplastos.



VI.

LUCHA TERRIBLE.

*Torva leæna lupum sequitur, lupus ipse capellam;
 Florentem cytisum sequitur lasciva capella.*

El perro al gato
 El gato al rato
 El rato á la araña
 La araña á la mora;
 Tente mora
 En tu moralito sola.

CONOCIDA ya la doctrina de Darwin, vamos á examinar los *grandes principios*, que dice el Sr. Fuertes, en que se apoya aquella tontería, que

hace al hombre hijo del mono y nieto de cualquier canto rodado.

Son, estos famosos principios, *la lucha por la existencia*, de que hablaremos hoy; *la selección natural y sexual*; *las variaciones por la naturaleza y por la domesticidad*, de que trataremos en los números siguientes.

El primer principio, digámoslo así, en que apoyan los darwinistas su célebre teoría, ó al menos el primero que ha de hacer reír á nuestros lectores es la *lucha por la existencia*, pintada admirablemente por el poeta mantuano en el dístico que encabeza estos varapalos; y no menos gráficamente contenida en el sonsonete con que las nodrizas arrullan á los niños para que callen ó duerman. De donde viene á sacarse en conclusión, que los darwinistas toman por lo serio las canciones de las amas de cría.

Estos buenos señores han convertido el mundo en un campo de Agramante, en una inmensa campaña, donde

cada individuo viviente lucha con todos los demás de su especie y de las otras especies, y lucha de continuo hasta vencer ó morir, como que lucha por la vida. Y así dan por bueno los doctores darwinistas el principio que nuestros rústicos expresan del siguiente modo:

Quien por comer no se mata,
Lo demás es patarata.

Cierto que el Sr. Fuertes asegura que no es una *lucha á brazo partido*; no, es *lucha pacífica y suave*, en que sin armar camorra se comen unos á otros los seres vivientes sin más objeto que el de conservar la vida, y por eso la llaman *lucha por la existencia*.

«Notables pasajes y ejemplos de la *lucha por la existencia*, habla D. Máximo, nos ofrecen las relaciones de los más verídicos viajeros. El célebre Livingstone refiere, confirmando lo dicho por otros viajeros, que suelen verse en Africa grandes rebaños de antílopes, hasta la enorme cifra de 40.000 en los

que se observa bien manifiesta la competencia por la vida.

»Al marchar apiñados y en masa, recorriendo las praderas africanas, sólo los que van á la cabeza pastan las abundantes yerbas de aquellos campos; en el centro aun disfrutan algo de la mermada yerba; mas los últimos sólo encuentran un campo agostado y destruído, pereciendo por tanto de hambre, y dejando en pos de sí considerable número de extenuados cadáveres.»

Es probable que ninguno de nuestros lectores haya estado en Africa, y por lo mismo que no puedan comprender la fuerza del argumento sacado de los rebaños de Antílopes. Y cuidado que el argumentito tiene dos pares de bemoles. ¡Vaya si los tiene!

En la provincia de Badajoz pastan más de 40.000 cabezas de ganado lanar trashumante, que van en la primavera á las montañas de León, y vuelven en otoño, cuando apenas se hallan las raíces de las yerbas; y no pasean por

grandes y abundantes praderas, sino por una estrecha cañada, ó cordel, como dicen los ganaderos, de 90 varas de ancho en su mayor anchura, teniendo que hacer una buena parte de la jornada por entre sembrados sin más amplitud que la de un estrecho camino, y esto vigiladas constantemente por los pastores para que no perjudiquen la propiedad. ¿Han visto ustedes ese considerable número de extenuados cadáveres? Bien que acaso con las merinas, como son el tipo de la mansedumbre, no vaya la ley de *la lucha por la existencia*. De otra suerte, quizá empezaran á mordiscos unas con otras, cuando después de haber pasado varios días sin probar bocado, tienen una *jamina* mayúscula.

¿Y qué tiene que ver todo esto de lucha, dirá algún curioso, con la unidad de origen de las especies? ¿El que los vivientes se coman y devoren unos á otros, probará que el hombre es hijo del gorila y este nieto del zoófito?

¡Velay! ¡Así dicen que lo enseña la ciencia!

Vean los excépticos qué explicación tan luminosa da el darwinismo de este raro fenómeno.

Si todos los vivientes existieran á la vez, la tierra, cuan grande y espaciosa es, sería insuficiente para contener tanto bicho, y además no produciría alimentos para la mitad ni para muchos menos. De aquí que cada cual lucha por conservar su vida en perjuicio de los demás, apelando á la destrucción de los otros seres para conservar el suyo. En esta lucha salen siempre triunfantes los más fuertes, pereciendo en consecuencia los débiles. Lo perfecto vence siempre á lo imperfecto.

—Todavía no lo entiendo.

—Pues vete despacio y escucha. La primera célula viviente produjo, como es natural, otras células ú organismos; unos más gordos y otros más flacos, y empezó la lucha, tragándose los gor-

dos y fuertes á los débiles y enflaquecidos, que no tenían fuerza para resistir.

Con la nueva energía adquirida por los vencedores, engendraron estos otros seres más perfectos que ellos, continuando la lucha entre padres, hijos, hermanos y parientes, siendo vencedores los fuertes en todas ocasiones y en todo tiempo, y vencidos por tanto los débiles. Así continuó la lucha por millones de siglos hasta que un día una robustísima mona dió á luz un hombre, y cádate al hombre sobre la tierra en virtud de *la lucha por la existencia*.

¡Qué! ¿no te satisface la explicación? Pues muy romo debes tener el entendimiento, porque los darwinistas, que son hombres de *ciencia*, la encuentran acabada.

—Entonces ¿cómo hay lobos y cordeiros, perros y lobos, gatos y ratones, gabilanes y palomas, y tantas especies de animales unos fuertes y otros débiles? ¿Cómo no han concluído las zorras

con las gallinas, á las que son tan aficionadas?

—¡Ahí verás!

—¿Y cómo si el ser más perfecto vence al más imperfecto y le destruye en su lucha por la vida, se encuentran en la tierra, en los mares y en el aire tantas especies imperfectas y numerosísimas, viviendo entre otras perfectas? Insistiendo más sobre este punto: ¿cómo yo, que soy tan débil por el sexo y por la edad no he sido ya devorada por un hombre de *pelo en pecho*?¹

En llegando á esta ocasión,
Un volcán, un Etna hecho,
Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazón.

¡Pobre de mí si llegan á tomar cuerpo las doctrinas que D. Máximo quiere popularizar! Posible es que no encuentre una cueva ni un rincón donde esconderme.

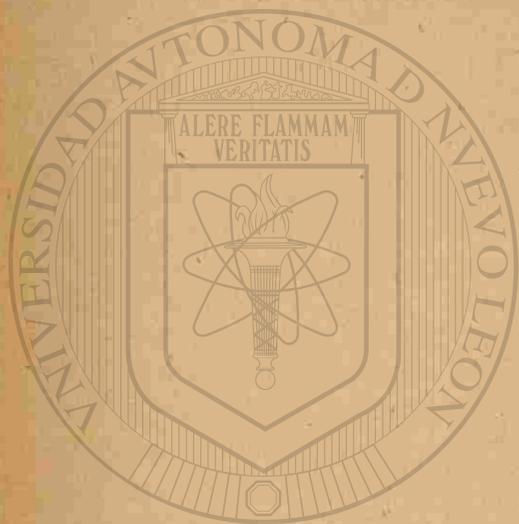
Los darwinistas, en su afán de tras-

¹ Frase del Sr. Acevedo.

formarlo todo, dan de hechos sencillos explicaciones ridículas é inútiles para el objeto que se proponen. Porque admitida la lucha, cual ellos la explican, se seguiría necesariamente que no había ni podía haber más de un género de seres, digo mal, un solo individuo, que sería el más fuerte y el más perfecto. Esta consecuencia la vió el Señor Fuertes, pero se contenta con decir que hasta ahí no llegan los darwinistas. Solución nula, porque ó no hay lógica en el mundo, ó tienen que tragarse este absurdo, á saber:

Sólo existe el hombre, un hombre.

La verdad es que la escala de los seres fué ordenada por Dios de manera que, sin destruirse por ello la especie, fueran unos alimento de los otros. Así busca cada cual un mantenimiento proporcionado á su naturaleza, como los herbívoros buscan la yerba, y los carnívoros la carne en virtud del instinto de conservación, mal llamado por los trasformistas *lucha por la existencia*.



VII.

FLOR Y NATA.

Con meditada calma y paso á paso,
Cual reclamaba el caso,
Llegó á su perfección un mono viejo;
Y la vivaz materia por sí sola
Le suprimió la cola,
Le ensanchó el cráneo y le afeitó el pellejo ¹.

NATAL es el proceso que siguió la
Naturaleza, según los doctores
trasformistas, sin exceptuar á Fuertes,
en el perfeccionamiento de los seres,
desde las *Moneras* ó primeros organis-

¹ Núñez de Arce.

mos hasta el hombre; y tal proceso seguirá por los siglos de los siglos desde el hombre hasta... hasta ¿quién sabe lo que saldrá? A este perfeccionamiento sucesivo del primer ser llaman los secuaces de Darwin *selección natural*, para distinguirla de las variedades ó modificaciones introducidas en los reinos animal y vegetal por mano del hombre, que denominan *selección artificial*.

La selección natural de Darwin es de dos clases; una que podemos llamar *individual*, y otra que apellidan *sexual*. La primera, que no es otra cosa que el *uso y no uso* de Lamark, desechado como inútil por todos los sabios, hasta que de nuevo lo resucitó Darwin, sin más que cambiar el nombre, como suelen hacer algunos comerciantes con las telas de contrabando, que legitiman poniéndolas nueva marca de fábrica, es de la siguiente catadura.

Cuando un bicho adquiere en virtud del desarrollo de su ser alguna perfección nueva, ó algún órgano de que ca-

recían sus ascendientes, la madre naturaleza, que está atisbando cuanto hacen sus hijitos, enamorada de la habilidad, continúa prestando sus mimos á aquel bichejo y sus descendientes, con el fin de perpetuar las mejoras que han introducido; así como una madre cariñosa regala con un dulce á aquel de sus pequeñuelos que en la escuela sale más aprovechado.

Estos bichos ya perfeccionados, siguiendo la ley del progreso, no se contentan con la herencia recibida, antes bien, esfuérganse por aumentarla acrecentando el caudal de sus perfecciones; y desarrollando su ser, llegan á adquirir otra perfección que no tenían, ó á fabricar un nuevo órgano de que carecían; y entonces vuelve á mimarlos la naturaleza, conservándoles la vida, y perpetuándolos, mientras abandona á los rezagados.

En todas estas trasformaciones entran por mucho, al decir de los doctores darwinistas, las condiciones clima-

tológicas del medio en que los seres viven.

Mediante este procedimiento, no menos profundo que fácil, dice el Sr. Fuertes con sus adorados trasformistas, fué pasando la *Monera* por todos los grados de la escala zoológica hasta el mono.

Todo lo cual por parte de la madre naturaleza se hizo sin conocimiento ninguno, pues que, según Darwin, Dios, después de haber creado la materia, la dejó abandonada á sí misma, sin cuidarse de ella para nada; pero por parte de cada uno de los bichos que se iban perfeccionando sucedía todo, y sucede aún, con cuenta y razón, pues que el Sr. Acevedo concede inteligencia á todos los animales, que deben por ello estarle sumamente agradecidos. Quizá para ellos escribió su libro, y se le habrá repartido, porque ya no se encuentra un ejemplar por un ojo de la cara.

¿Qué hechos ó qué razonamientos aduce el Sr. Director, con su maestro, para probar la estupenda teoría de la

selección? Ninguno. Acude á los ejemplos de la selección artificial, mediante la cual el hombre, con la ayuda de su inteligencia aplicada á la fuerzas naturales, logra *modificar, dentro siempre de la misma especie*, los seres pertenecientes al reino vegetal ó animal; pero ni han presentado, ni presentarán jamás un solo ejemplo de transformación, cual ellos la entienden.

Respondiendo D. Máximo al señor Aguilar que probó con la historia ser hoy los animales y los hombres del mismo modo que en tiempo de Job, dice con mucho *sans façon*: «Eso es de ayer, engólfese V. en los tiempos prehistóricos y geológicos (léase mitológicos) y ya verá cómo sufrieron cambios radicales los seres, y no era el caballo de entonces el caballo de hoy».

Lo que respecto al particular enseña la geología, dejámoslo para más adelante; ahora es preciso reanudar el hilo de la selección, saltando del mono al hombre, y servirá á la vez de norma

para que nuestros lectores entiendan este intrínquilis.

Fué, pues, el caso que encontrándose un *chimpancé* en sitio donde no había moscas, y no pudiendo cubrir su cuerpo con la cola, como hacen las ardillas, ésta se fué atrofiando poco á poco, hasta que el animal quedó derrabonado.

Como era consiguiente, los hijos de aquel mono nacieron sin cola, y uno de ellos vióse muy apurado en cierta ocasión con el frío que le causó una terrible granizada contra la cual no pudo guarecerse; pero con el granizo cayó un rayo que puso fuego á unas retamas cerca de las cuales se hallaba el pobre animal acurrucado: acercóse al fuego arrojando en él cuatro ó seis bellotas ó patatas (que en esto no están de acuerdo los doctores darwinistas) volviéndolas á sacar al poco rato, porque le apretaba el hambre. Gustóle al bicho el asado, y resolvióse á tomar en adelante los alimentos asados ó cocidos.

Con esto el hocico se fué acortando

cada vez más; y como las manos le servían para preparar la olla, el fuego y otros utensilios, también se adaptaron á otras necesidades.

Hizo luego su chocita para meterse, su cama, con colchón y todo, para dormir, con lo cual, dicho se está, que el pelo que cubría todo su cuerpo se cayó uno después de otro, hasta quedar como la cabeza de un calvo. Sólo le faltaba para ser hombre perfecto, andar en dos pies y hablar. Lo primero se lo enseñó la necesidad; viendo por una parte que sus delicadas manos no servían para arrastrarse por el suelo, y notando por otra que presentaba un blanco demasiado grande á la acción de la lluvia y el granizo tan frecuente en el Africa, su patria, comenzó á hacer pinitos, y más tarde anduvo sin caerse. Lo segundo empezó de un modo rudimentario, por lo cual se llama al hombre de aquella era primitiva *ahullador*, para venir después de muchos ensayos á formar un idioma más ó menos perfecto.

¿Puede pedirse explicación más sencilla? Pues, voto á Júpiter, que pretender más es gollería.

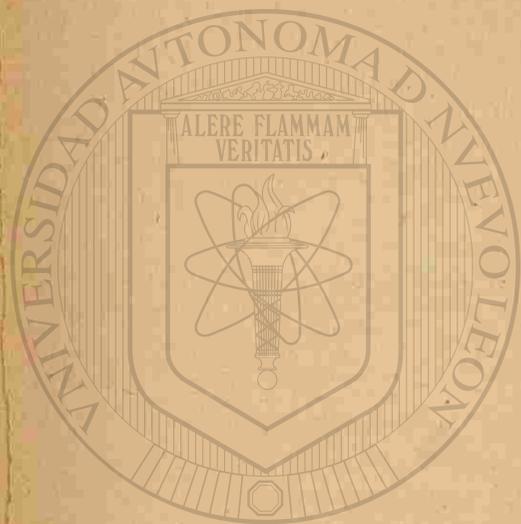
Una sola cosa queda por explicar, y que con mucha viveza me notó la compañera más joven de nuestra redacción, diciendo: «Falta dar razón de las barbas en el hombre, y la ausencia de ellas en la mujer, porque si el chimpancé regenerado era macho, todos sus hijos serían barbudos, y si era hembra, ninguno de ellos poseería aquel ornamento». ¡Cuánto hace la ignorancia, la respondí! Escucha:

Además de la *selección natural* hay la *selección sexual*, origen de las diferencias entre el macho y la hembra. Por eso el pavo real tiene en la cola plumas tan vistosas; el canario, el gilguero, el ruiseñor y otras aves machos lanzan al aire sus acompasados trinos; el ciervo multiplica las ramas de sus astas, y el hombre es barbudo. ¿No lo entiendes? Pues mira lo que dice D. Máximo, que es autoridad en la materia.

Trata de explicar el origen de los colores de la cola del pavo real y su ausencia en la de la pava, y escribe:

«Perdone el sabio Prelado de Córdoba, pero por punto general es siempre el macho el que procura aparecer más gallardo, más esbelto y mejor ataviado, para agradar y conquistar á su mitad».

Conque ya lo sabes; desde hoy es preciso que renuncies á tus galas, á tus modas, á tus afeites y peinados, por que Don Máximo declara que eso es propio de *ellos*, únicos que desean aparecer «más esbeltos y mejor ataviados», cambiando el nombre que llevas de *bello sexo* para que él y sus darwinistas lo disfruten; y por supuesto, entrégale también la rueca y el huso, que no le sentarán mal, y tendremos en Badajoz un nuevo Hércules hilando. ¡Y quiere D. Máximo que tomemos en serio su libro y su darwinismo! ¡Imposible, imposible!



VIII.

CAMBIO DE POSTURA.

Nunca el Escualo concibió el Cangrejo,
Ni Paloma incubó en nido de Grajo,
Ni el Tigre fiero sucedió al Conejo,
Ni se unió el Caracol al Renacuajo;
Escualo, Tigre, Caracol, Paloma,
Fuisteis el blanco de una indigna broma ¹.

No es pequeño el bromazo que han
dado los trasformistas á los se-
res todos eslabonándolos unos á otros
por generaciones no interrumpidas y

¹ Huerta.

siempre en progresiva perfección. Porque los pobrecitos zoófitos, los infusorios, los insectos y tantos y tantos animales, cuya organización, aunque perfecta en su género, es no obstante imperfecta comparada con otros de organización superior, estarán con la boca abierta esperando el día en que les llegue su turno para convertirse en hombres y pasearse por las futuras ciudades, con el cigarro en la boca, cantando y tocando la bandurria.

Si pudieran darse cuenta de los adelantos científicos que les equiparan á nosotros, ya quizás hubieran entablado pleito para despojarnos de nuestro dominio sobre ellos y de la irritante superioridad que afectamos. ¡Cruelles! ¡Como si no fueran nuestros hermanitos tanto más dignos de consideración cuanto más débiles y faltos de inteligencia!

Aunque esto último parece al señor Fuertes una paradoja, y generoso cuanto cabe, reparte la inteligencia á manos

llenas, no sólo á los brutos sino también á las yerbas; y tiene razón que le sobra. ¿No somos nosotros, es decir, los darwinistas, hijos de brutos y originarios de los mismos simples que un alcornoque? ¿Por qué, pues, se ha de negar al padre lo que tiene el hijo?

Podrá si se quiere nuestra masa encefálica, como más desarrollada, segregar mayor cantidad de fósforo, pero el más y el menos decían los antiguos, no muda la especie.

Así es que donde quiera que se encuentre la vida ha de hallarse la inteligencia; y si no, damos por fiador al Señor Acevedo que no nos dejará mentir. Dice así:

«Entonces ¿cómo explica el Sr. Polo que en la época de los amores y de las nupcias, la más brillante, la más dulce en todas las especies, así en el hombre como en los animales y las plantas, se engalanan y atavien con los más hermosos colores y exhalen los más suaves y delicados perfumes? ¿Tan imperfecta

juzgan el Sr. Polo y los antidarwinistas á la naturaleza que proporciona á esos seres tanta belleza y maravilla tanta para no poder comprenderla y disfrutar de ella?»

En uno de nuestros artículos anteriores hemos admirado las *comprendederas* de nuestro Director; pero aquí es insuficiente la admiración y se necesita el entusiasmo, el éxtasis; porque ¿quién no se extasia al contemplar al Sr. Fuertes percibiendo los *suaves y delicados perfumes* que exhala en la aludida época el macho cabrío, verbigracia? ¿Quién será tan duro de corazón que no se entusiasme viéndole en dulces coloquios y animados diálogos con alguna zarza, preguntándola é inquiriendo sus relaciones más ó menos afectuosas con su zarzo, puesto de rodillas ante un clavel, escuchando con religiosa atención los requiebros que endosa á la *clavela*? ¿Quién no le admira haciendo de anfitrión en las nupcias de cualquiera de los animales?

Este incidente nos recuerda un hermoso apólogo que aprendimos cuando niñas y que empieza así:

La hormiga y la pulga
Se quieren casar,
Y no hacen la boda
Por falta de pan.

El entusiasmo producido en nosotras por las bodas de nuestro Camacho hizo que se trasconejara la idea que nos puso en la mano la pluma para escribir este articulejo.

Era sobre las *variaciones por la naturaleza y por la domesticidad*, otro de los *grandes principios*, en que pretenden apoyar la tontería darwiniana.

Parecido á un complemento del otro axioma darwinista que trata de la *selección*, el presente nos enseña cómo los seres, una vez adquirido algún órgano nuevo ó nueva perfección, la perpetúan indefinidamente, hasta tanto que una selección nueva introduce en el organismo modificaciones más perfectas.

Así de variación en variación resul-

tó el hombre después de haber pasado por todos los peldaños de la escala zoológica.

Mas como todo en el sistema transformista es gratuito y sin pruebas, así sucede con las variaciones susodichas. Porque los señores transformistas, tomando el rábano por las hojas, convierten en sustancial lo que sólo es accidental, y hacen de las *variedades* observadas en todas las especies *variaciones*, que en ninguna se ven.

En efecto es una ley general confirmada con la experiencia de los siglos, que cada animal engendra otros semejantes á él: de suerte que la generación no es otra cosa en los designios de la Providencia sino el modo de conservar la especie. De los peces no nacen sino peces, de las aves otras aves, sucediendo lo propio en toda clase de animales y plantas. Los tipos de las especies se mantienen siempre fijos é invariables; dentro de estos tipos se presenta siempre una infinita variedad de individuos

que no se diferencian entre sí más que en los caracteres *accidentales*; los cuales hacen oscilar la especie á un lado y á otro, pero manteniéndola siempre en el círculo que con fuerte mano trazó el Divino Artífice al crearla.

Si hablamos de los animales pertenecientes á los tiempos históricos, los hallamos constantemente con sus mismos caracteres y costumbres. Testigos son de esta verdad los antiquísimos monumentos egipcios donde se ven hoy día esculpidos: testigos los libros del antiguo Testamento donde se hace mención de ellos; testigo la historia natural de Aristóteles donde se hallan descritos: y testigos finalmente las imágenes de Homero tomadas de la naturaleza y costumbres de estos seres.

Escuchemos á James acerca de las momias de Egipto observadas por sus propios ojos ¹: «Tenemos de ello (de la fijeza de las especies) otra prueba no

¹ L'homme singe.

menos evidente en los hipogeos que nos ha legado la antigüedad de Egipto: son estos unas colecciones maravillosas, verdaderos museos que no ceden en nada á las colecciones y á los museos subterráneos, cuyos tesoros nos ha revelado la Paleontología.

«Gracias á los prácticos en el arte de embalsamar, usado entonces en tan grande escala que no sólo era aplicado al hombre sino también á todos los animales sin excepción, se encuentran intactas generaciones enteras extinguidas ya hace miles de siglos ¹. Si estas generaciones pudieran de repente salir de su sueño y de su sepulcro para mezclarse con las especies de animales actualmente existentes formarían con ellas un conjunto tal, que nos sería imposible distinguir las unas de las otras. Sobre este punto las investigaciones de los modernos no han hecho sino confir-

¹ Quizá más adelante hablaremos algo de la cronología geológica.

mar las deducciones sacadas por Geoffroy Saint-Hilarie en sus hermosos y prolongados trabajos de las necrópolis de Tebas y resumidas por Lacepede en una *Relación* que se ha hecho célebre».

No seguiremos copiando, pues sólo por deferencia á Don Máximo, que se atrevió á decir de nosotros que no hacíamos más que atusarle el bigote sin entrar en el fondo de la cuestión, daremos algunas pinceladas, por si hubiera alguien que necesitara argumentos concluyentes contra el darwinismo; aunque basta exhibirle á la vergüenza pública para hacerle acreedor á la silva más sonora que se pueda dar á una doctrina.

Darwin mismo ha reconocido como no podía menos el hecho universal y constante de la fijeza de los vivientes; y tiene que apelar al miserable recurso de decir que esto se verifica en los seres cuyos caracteres están bien determinados y circunscritos, mas no en aquellos cuya naturaleza no ha logrado sino un

cierto estado de transición, siendo por tanto vaga y confusa.

¿Dónde están esos bichos, señor Darwin? Pudiera su patrono y difundidor de sus teorías, nuestro Fuertes, señalararnos alguno?

Vamos á concluir indicando otro hecho suficiente por sí solo para dar al traste con el darwinismo y todas sus suposiciones. Nos referimos á la hibridación perpetua y constante de los seres orgánicos obtenidos por el cruzamiento de dos especies. Por más que se ha trabajado para transformar los organismos con este linaje de ensayos jamás se ha obtenido una especie nueva que se conserve por sí sola teniendo la fecundidad de las verdaderas especies.

Los leporidos, para terminar, son buenos testigos entre otros, de esta verdad: al cabo de tres ó cuatro generaciones posteriores al cruzamiento de la liebre y el conejo estos animalitos en nada se distinguen de los conejos comunes.



IX.

EL IDIOMA DE LA GEOLOGÍA.

Mas ¿qué es la ciencia ya? no holléis su nombre:
Plegad el banderín propagandista,
Que el origen del hombre
No es una nueva racional conquista.
Si os estorba el autor, ya es otra cosa:
¡Abajo la careta mentirosa. ¹



ERUCTANDO ciencia y escupiendo por el colmillo empezó nuestro Sr. Director un libro sobre *Darwin* y sus impugnadores, para popularizar esos

¹ Huerta.

cierto estado de transición, siendo por tanto vaga y confusa.

¿Dónde están esos bichos, señor Darwin? Pudiera su patrono y difundidor de sus teorías, nuestro Fuertes, señalararnos alguno?

Vamos á concluir indicando otro hecho suficiente por sí solo para dar al traste con el darwinismo y todas sus suposiciones. Nos referimos á la hibridación perpetua y constante de los seres orgánicos obtenidos por el cruzamiento de dos especies. Por más que se ha trabajado para transformar los organismos con este linaje de ensayos jamás se ha obtenido una especie nueva que se conserve por sí sola teniendo la fecundidad de las verdaderas especies.

Los leporidos, para terminar, son buenos testigos entre otros, de esta verdad: al cabo de tres ó cuatro generaciones posteriores al cruzamiento de la liebre y el conejo estos animalitos en nada se distinguen de los conejos comunes.



IX.

EL IDIOMA DE LA GEOLOGÍA.

Mas ¿qué es la ciencia ya? no holléis su nombre:
Plegad el banderín propagandista,
Que el origen del hombre
No es una nueva racional conquista.
Si os estorba el autor, ya es otra cosa:
¡Abajo la careta mentirosa. ¹



ERUCTANDO ciencia y escupiendo por el colmillo empezó nuestro Sr. Director un libro sobre *Darwin* y sus impugnadores, para popularizar esos

¹ Huerta.

sublimes conocimientos que hacen derivar nuestro ser de una arenisca ó de la combinación de tres simples.

Nuestros lectores han tenido la satisfacción de saborear los *grandes principios*, esto es, las imaginaciones en que descansan aquellas doctrinas que tan fuera de sí de entusiasmo ponen á D. Máximo: han visto algunas de las muchas afirmaciones que en tono magistral y guiado por la *ciencia* hizo el Sr. Fuertes con el santo y filantrópico fin de ilustrarnos á todos.

Han visto que Platón, hablando en plata,
Antes de ser Platón fué un papanata,
Y es señal evidente de progreso,
O de que Fuertes ha perdido el seso.

Dice D. Máximo, que Darwin ha recogido tal y tan grande número de hechos, que parece imposible poder resistir á las madejas de luz que esparcen por doquier á manera de lámparas inmensas de electricidad, capaces de alumbrar al mundo en sustitución del astro matutino.

De estos hechos deduce el naturalista inglés, y con él sus seguidores, como D. Máximo, que los seres de ambos reinos animal y vegetal proceden todos de un tipo único y primitivo, el cual, desenvolviéndose gradualmente, ha ido dando frutos tan ópimos, que hoy son conocidos con los nombres de Doctor X, Doctor K, Doctor F., etc., etc.

Como nosotros no tenemos la dicha de pertenecer á ese privilegiado número de animales oriundos de una babosa, nos creemos en el derecho de reirnos y de trabajar porque se rían también cuantos tengan buen humor, aunque rabie D. Máximo, á quien por supuesto tampoco negamos el derecho á rabiar.

Y también nos creemos con derecho á exponer, no sólo los grandes y famosos principios de la teoría Darwinista, sino los hechos en que la fundan. Hechos que protestan á voz en cuello contra las aseveraciones trasformistas.

Algunos de los que registra la His-

toria Natural, relativos á la fauna y flora actuales, los suficientes para ver la vaciedad de la teoría que desde ahora llamamos *Maximiana*, porque no es justo que lleve el inglés toda la gloria, quedan anotados en el artículo anterior.

Si nosotros fuéramos ratones, al menos de Seminario, entraríamos ahora por las entrañas de la tierra en busca de algunos huesos y restos de animales y plantas conservados en el gran museo de la corteza terrestre, para ver de sorprender el tránsito de las especies inferiores á las superiores; porque indudablemente allí en aquellos grandes infolios, debe hallarse más de lo que se necesita para esclarecer la teoría de la transformación.

Pero puesto que estos viejos libros ya han sido registrados cuidadosamente por otros, nos bastará hacer algún cotejo de lo que dicen los sabios que han estudiado esta materia para sacar en consecuencia que

Ni las especies vivientes
Ni las que están enterradas
Tuvieron por ascendientes
A *Moneras* ó *monadas*.

Según la teoría *maximiana*, nada hay fijo en la naturaleza, estando sujeto todo el mundo orgánico á la transformación ilimitada; pero los hechos enseñan que las especies nunca salen de su propia órbita, y que solamente las es permitido oscilar á un lado y á otro con las mudanzas accidentales de sus individuos. Aquella proclama la vaguedad é indecisión de las formas orgánicas transeuntes, que sirven de anillo para juntar una especie con otra; y la naturaleza clama á grandes gritos diciendo que tal vaguedad es puramente fingida, porque todo cuanto ha sido producido por ella en la superficie de la tierra y en el fondo de los mares, lleva siempre las señales más claras de pertenecer á alguna determinada especie perfectamente circunscrita.

Una vez establecido el principio de

la evolución continua y lenta de los organismos, por precisión hay que admitir que las especies, los géneros, y aun las familias y clases, desaparecen más tarde ó más temprano de la escena del mundo, sin que ninguno de estos tipos pueda permanecer constante en las sucesivas épocas de nuestro globo.

La vida orgánica en tal caso, se asemejará á los diversos siglos que se suceden en el tiempo, empujándose los unos á los otros; pues como escribe sabiamente Vallee Pousin, ¹ «en una concepción semejante, el ser viviente no es sino el simple término de una serie continua, incapaz de oponer por sí mismo resistencia alguna á las innumerables y universales influencias externas, que tienden á modificarle constantemente con más ó menos energía».

Dicho se está que las especies durarán menos que los géneros, y estos

¹ *Revue des questions scientifiques*, Janvier 1877.

menos que las clases, pues que contienen dentro de sí un número de variedades respectivamente más reducido. ¿Sucede así en la naturaleza? ¿Han desaparecido de la zoología y de la botánica las antiguas especies, los antiguos géneros y las antiguas familias? Todo lo contrario.

Sin contar lo que nos enseñan los hipogeos del Egipto, porque esto, para los darwinistas que son tan rumbosos, es de ayer, y ellos necesitan para sus trasformaciones millares de siglos, fundados sin duda en el refrán: *De luengas vías luengas mentiras*, citaremos los restos de los pólipos, que se hallan en los corales de la Florida, los cuales, según Agasiz, ¹ llevan ya doscientos mil años de existencia. Añadiremos los huesos de cabra, que pertenecen al período llamado lapídeo, y se encuentran en los montes de Suiza.

Además, antes de la época glacial,

¹ *De l' espece.*

existieron especies que todavía viven en nuestros tiempos, habiéndose conservado, según Lyell, por espacio de doscientos veinticuatro mil años, tiempo nada despreciable.

Lo mismo puede decirse de ciertas flores de los Alpes, las cuales se encuentran también en las nevadas cimas de Suiza, en Islandia y en la Groelandia, sin que aparezcan jamás en los espacios intermedios, por reinar en ellos una temperatura elevada en demasía relativamente á su constitución orgánica. Pues bien, según los principios darwinistas y la geografía adoptada por los de esa escuela para el establecimiento y desarrollo de los vegetales, todas estas plantas han debido tener un centro común, y esto en la época en que en toda Europa reinase una temperatura igual á la de los puntos indicados, es decir, en la época glacial; y sin embargo, ahí están como testigos vivos, protestando contra las afirmaciones *maximianas*.

Según las observaciones de Lyell y Deshayes, existen en los mares actuales, ciertos *lamerimbraquios*, que se encuentran fosilizados en el coceno superior de los alrededores de París y de la isla Wight, y que han atravesado, por consiguiente, épocas inmensas sin sufrir en poco ni en mucho los efectos de la pretendida trasformación.

De el Mediterráneo han sido sacados con la sonda á una profundidad de cien brazas, *rizopodos* del género testulario, tan perfectamente idénticos á los foraminíferos de la creta blanca de Meudon y de Brighton, que Ebremerg era incapaz de distinguir los unos de los otros. Jones y Parker, autoridades muy competentes en materia de *rizopodos* vivos y fósiles, enumeran una docena de especies de rotalinas actuales del Océano, que datan de la era cretácea. En el coceno superior de la isla de Wight, ha sido descubierto un *gasteropodo* pulmonar *helix labyrinthica*, el cual vive todavía en los Estados-Unidos.

Así como estas especies han atravesado tan largos períodos de duración, llegando intactas desde el coceno superior, hasta la época actual, no obstante la múltiple y variada influencia externa que necesariamente debieron experimentar en tiempos y lugares tan distintos, de la propia suerte en los primitivos tiempos de la vida orgánica, los orthoceras, *ungulatum ibex*, *subungulatum*, *laqueatum*, y los trilobites *Calymene Blumenbachii* y *Ciphaspis megalops*, permanecen específicamente idénticos desde el piso de Caradoc del silurio inferior hasta los *Tilestones* del piso silúrico superior de Ludlow.

¿Cuán largo será el período que debieron atravesar estas especies cuando el terreno vertical donde han vivido tiene nada menos que cinco kilómetros de espesor? Todavía han debido vivir más tiempo las especies *Atrypa reticularis* y *Strofomena depressa*, de las cuales la primera ha persistido desde el silúrico medio de Llandovery, hasta los bancos

más altos del devoniano, no cediéndola en longevidad la segunda.

Si de la especie pasamos al género, hallaremos una extensión de tiempo mucho más dilatada en que los animales han permanecido siempre los mismos. El género *Discina*, molusco de una clase inferior, perteneciente á los braquiópodos, el cual se halla hoy día vivo en los mares calientes del Atlántico y del Pacífico, tiene representantes en todos los períodos anteriores, principalmente en los más antiguos.

Así es que se hallan hasta en las capas silúricas inferiores de Europa y América y en nuestros días el Occéano ha dado á los investigadores de los Estados-Unidos gran cantidad de estos braquiópodos. Lo mismo sucede á los géneros *Crania*, *Lingula* y *Rhynchonella*. El *Nautilus* nada hoy día en los mares de la India y de la China como nadó en otro tiempo, según aparece en los bancos del grupo de Quebec y en las areniscas de Terranova.

Resulta, pues, que ni en las edades históricas ni en las geológicas han sufrido alteraciones sustanciales los vivientes de ambos reinos, y por lo mismo que la teoría darwinista no tiene más fundamento que la imaginación de su autor, que se figuraba sin duda destruir la obra de Dios con sólo querer; y también resulta que D. Máximo al hacerse propagador del Darwinismo entre nosotros, ha hecho el papel del *Caballero de la triste figura*.

En el siguiente artículo exponemos algunos otros datos en confirmación de nuestra doctrina. Ahora, puesto que tan encariñado está D. Máximo con el trasformismo, nos despediremos dándole la enhorabuena, y diciéndole como á todos los trasformistas.

Tenéis por primitivos ascendientes
 Los gases de la bruma,
 Y son vuestros parientes
 Miembros de ilustre sangre, en pelo y pluma.
 ¡Vuestra madre una mona, y vuestro abuelo
 Un ser de baba, escama, concha y pelo!



X.

¡DE REPENTE!

La especie persistió, y en el osario
 Recóndito que halló la geología,
 No se ha visto animal intermediario,
 Mestizo de una y otra jerarquía.

ALGO más que suficientes nos parecen las observaciones del anterior artículo para destruir por su base la teoría que tanto entusiasmo al señor Fuertes, y por cuya defensa no tuvo miedo á servir de espectáculo al

Resulta, pues, que ni en las edades históricas ni en las geológicas han sufrido alteraciones sustanciales los vivientes de ambos reinos, y por lo mismo que la teoría darwinista no tiene más fundamento que la imaginación de su autor, que se figuraba sin duda destruir la obra de Dios con sólo querer; y también resulta que D. Máximo al hacerse propagador del Darwinismo entre nosotros, ha hecho el papel del *Caballero de la triste figura*.

En el siguiente artículo exponemos algunos otros datos en confirmación de nuestra doctrina. Ahora, puesto que tan encariñado está D. Máximo con el trasformismo, nos despediremos dándole la enhorabuena, y diciéndole como á todos los trasformistas.

Tenéis por primitivos ascendientes
 Los gases de la bruma,
 Y son vuestros parientes
 Miembros de ilustre sangre, en pelo y pluma.
 ¡Vuestra madre una mona, y vuestro abuelo
 Un ser de baba, escama, concha y pelo!



X.

¡DE REPENTE!

La especie persistió, y en el osario
 Recóndito que halló la geología,
 No se ha visto animal intermediario,
 Mestizo de una y otra jerarquía.

ALGO más que suficientes nos parecen las observaciones del anterior artículo para destruir por su base la teoría que tanto entusiasmo al señor Fuertes, y por cuya defensa no tuvo miedo á servir de espectáculo al

público, que ha estado divirtiéndose á su costa.

Con todo eso, como D. Máximo insiste con mucha formalidad en que sólo considera al darwinismo en el terreno de la *ciencia*, y en que él lo tratará como hombre de *ciencia* y nada más: parécenos bien refregarle por los ojos la *ciencia* de que alardea tanto para que vean las gentes qué clase de *ciencia* es la del Sr. Acevedo.

Y aprenda Extremadura y sus confines
La ciencia colosal de los darwines.

Contra la afirmación del perfeccionamiento progresivo de la única primitiva especie, aducíamos en el número anterior algunos hechos registrados en los estantes formados por las capas geológicas, hechos que atestiguan ser una pura fábula lo que nos dicen los señores trasformistas acerca de la transformación.

Vamos á continuar nuestra tarea en obsequio á la verdadera ciencia, tan mal parada en manos de D. Máximo.

Decíamos que la existencia de las especies á través de los siglos sin experimentar variación alguna sustancial, era un argumento concluyente contra el *maximismo*. Y ciertamente, una vez demostrado el hecho, desaparecen todas cuantas hipótesis trasformistas quieran hacerse.

Barrande, que por espacio de treinta años ha estudiado los terrenos silúricos de Bohemia, examinándolos capa por capa en sentido vertical, resume en las conclusiones siguientes el fruto de sus estudios.

1.^a «Los trilobites de Bohemia, que ofrecen en sus formas las señales de algunas variaciones no pasan de diez. Como en el día nos son conocidas 350 especies de esta tribu pertenecientes á esa localidad, ya se deja entender que todavía quedan 340 en quienes la forma permanece invariable durante toda su existencia.»

2.^a «Las variedades señaladas en las especies que han vivido más larga-

mente, no se refieren sino á las dimensiones del cuerpo, al grosor de los ojos, al número correspondiente de lentejuelas, al de las articulaciones visibles del *pygidium* y al de las puntas que le sirven de adorno.»

3.^a «Estas variaciones no son permanentes, sino *puramente temporales*, y en los más de los casos hemos advertido *una vuelta de los últimos representantes de la especie á la forma típica ó primitiva*. Por tanto esas variaciones no parecen sino *oscilaciones transitorias*; se manifiestan algunas veces entre individuos contemporáneos, y por consiguiente sin influencia de las edades geológicas.»

4.^a «Entre estas 350 especies de Bohemia no existe una sola que pueda ser considerada como fuente, merced á sus variaciones, de una nueva forma específica distinta y permanente. Por tanto, las señales de trasformación por vía de descendencia, son imperceptibles entre los trilobites del terreno silúrico

de Bohemia ⁴.» Lo mismo dice hablando de los cefalópodos.

Los braquiópodos de los terrenos ingleses observados por Davidson, presentan los mismos caracteres que los observados por Barrande.

Idénticas conclusiones deduce Dauson de la comparación de las conchas actuales con sus homologas de los tiempos terciarios. En 1875, dirigiéndose á la Asociación Americana para el adelanto de las ciencias, escribía: «Las diversas formas que ofrecen hoy se encuentran ya perfectamente desarrolladas en el crag; de suerte que estos humildes moluscos, habitantes de las playas, á pesar de hallarse sujetos á las condiciones más variables, siguen construyendo sus casas de la misma manera que hace mil ó dos mil siglos.»

Si pasamos de los terrenos terciarios á los cuaternarios, nos encontramos con que ninguna de cuantas espe-

⁴ *Defense des colonies*, pág. 155.

cies los habitaron sufrieron la más ligera modificación trasformista, llegando muchas de ellas íntegras hasta nosotros, como lo prueba Dupont respecto á Bélgica ¹, y Hamy respecto al área de habitación del Reno ².

En las grutas cuaternarias de Meuster y Eyzies del valle de la Vezere, en la estación de la Magdalena y en varios terrenos antiguos de Bélgica se encuentra un gran número de especies de aves, que aun viven entre nosotros, ya en aquellas mismas regiones, ya en otras más frías, que por esta causa se acomodan mejor á su organismo.

Muy de notar es en todos estos hechos relativos á la inmutabilidad y permanencia de la especie, una circunstancia observada por Contejean en sus elementos de Geología y Paleontología, y confirmada por Barrande, circunstancia que por sí sola desmiente la teoría

¹ *L'homme pendant les ages de la pierre.*

² *Precis de Paleontologie humaine.*

trasformista; y consiste en que lejos de perfeccionarse los individuos de una misma especie con el trascurso de los siglos, aparecen más perfectos los de más edad.

Así hace notar el último que los *garadoxides*, género de trilobites que comienzan en la era cámbrica, son superiores á los *philipsia*, que cierran el ciclo de estos crustáceos en la era carbonífera; y los *nautilides* de los terrenos silúricos son más complicados que los *ascoceras*, harto más modernos, y casi embrionarios con relación á los anteriores.

Y concluye con estas palabras: «Parece, pues, que el *nautilo* ha sido criado y conservado de propósito durante todas las edades geológicas para que sirviese de testigo irrecusable contra todo lo que nos enseñan las teorías sobre la evolución de las formas de la vida animal ¹.»

¹ *Cephalopedes, Resume general*, pág. 229.

¿Qué más? Hasta el mismo Husley, defensor decidido del trasformismo, se ve obligado á confesar, que el pez más antiguo de cuantos hasta el presente se conocen, llamado *pteraspis lunensis*, y descubierto en la base del piso silúrico de Ludlow, no cede nada á los siluroides actuales.

Vamos á dar cima á este artículo con la relación de otro hecho constante en los anales de la Paleontología y que no debe ser muy del agrado de Don Máximo.

Hemos visto que este señor concibe *sin grandes esfuerzos* de imaginación, que los seres hayan venido sucediéndose unos á otros por generaciones y descendencias graduales, desde la generación espontánea de la *monera* hasta la no menos espontánea del hombre; pero no puede concebir cómo hayan podido *aparecer de repente* en las diversas edades geológicas las varias especies y los varios individuos de cada especie. Siendo la razón de la dificultad perceptiva

de D. Máximo el que en este último caso la ciencia (darwinista ó simple) estaría de más; y sería preciso acudir al milagro.

¡Pero admitir el milagro los hombres de ciencia (darwinista)! ¡Un demonio! Antes romperse la cabeza que caer en manos del milagro.

Pues es el caso que por enemigo que sea el Sr. Fuertes de los repentistas (ya se conoce que él no lo es), tiene que tragárselos; porque su adorada ciencia, que es la labradora del Toboso, hecha princesa en su magín, ha salido repentista, descubriendo que los vivientes aparecieron *de repente*. Este es un hecho cierto y confesado por los mismos darwinistas, quienes para eludirlo dicen muy frescotes que las especies intermedias se hallan en el fondo de los mares y aún no han sido descubiertas.

Repentinamente aparece en las capas inferiores del terreno cámbrico en la misma aurora de la vida, toda una

fauna de rizópodos, anelidos, braquiópodos, pterópodos y trilobites, dividida en sus especies y géneros. Lo mismo se ve en la formación silúrica, la cual contiene nada menos que 9.000 especies diversas, todas perfectas y completamente distintas.

Repentinamente se presentan también los peces hacia la segunda mitad de la era silúrica, y al fin de este período se cuentan cerca de treinta géneros distintos; mostrándose durante ella con caracteres bien definidos los *ganoides* y los *selacios*, dos órdenes de los más elevados de la clase.

Asimismo, de repente pueblan el terreno cretáceo las plantas *dicotiledóneas*, y la encina en el período terciario. En este se dan á conocer en un modo semejante los mamíferos, que se desarrollan prodigiosamente, constituyéndose en géneros y especies con una rapidez maravillosa, bien distinta por cierto del proceso lento y gradual reclamado por la hipótesis maximiana.

«El más interesante problema, escribe Contejean ¹, pero al mismo tiempo el más insoluble de cuantos pertenecen al estudio de la historia natural, tiene por objeto descubrir las causas de la aparición y extinción de las especies. *Todo lo que la observación nos revela es, que cada una de ellas se ha presentado de repente en un determinado nivel, y con individuos algunas veces numerosos; y que después de haber obtenido en un cierto período el maximum de desenvolvimiento, ha desaparecido á su vez en otro nivel. El fin se asemeja al principio; ya se extingue de súbito la especie á partir de la capa donde brota con abundancia, ya sus individuos se van haciendo más raros, hasta llegar á un cierto nivel donde cesan por completo.*»

«Si las especies, decía el gran Cuvier ², han cambiado por grados, de-

¹ *Elements de Geol. et de Paleontol.*, pág. 464.

² *Histoire des revol. du globe*, 6.^a edit., pág. 390.

bieran encontrarse las señales de estas modificaciones graduales..... ¿Cómo es, pues, que las entrañas de la tierra no han conservado monumento alguno de una genealogía tan curiosa?»

Inocentes en sumo grado son estos naturalistas. Pues si la transformación específica tuviera fundamento *in re*, ¿dónde estaba el mérito de D. Máximo al querer popularizar los descubrimientos imaginarios de Darwin?

Para decir la verdad no se necesita ser Director de un Instituto, mas para defender al inglés Carlos Roberto ya es otra cosa; que no á todos es dado ser trasformistas científicamente para tener el gusto de hacer al hombre descendiente de un antropoídeo.

Así Darwin dibuja el teorema
De su lucubración positivista,
Con el falaz sistema
De un mundo trasformista
Donde hasta el mismo Dios importa poco,
Y el mono es hombre, pero el hombre es loco.



XI.

LA PALEONTOLOGÍA EN DANZA.

El dragón volador *Pterodactylo*
Mezcla de ave y de pez, reptil centauro;
Monstruoso cocodrilo,
El inmenso y feroz *Megalosauro*;
Flotantes *ammonites*,
Y *ostreas* y *medusas* y *encrynites*;
Razas que hollaron en la edad remota
De un suelo virgen la corteza ignota ¹.

TODAVÍA hemos de dedicar este artículo al examen de los documentos paleontológicos, aunque algunos de nuestros lectores y casi todas

¹ El mismo.

bieran encontrarse las señales de estas modificaciones graduales..... ¿Cómo es, pues, que las entrañas de la tierra no han conservado monumento alguno de una genealogía tan curiosa?»

Inocentes en sumo grado son estos naturalistas. Pues si la transformación específica tuviera fundamento *in re*, ¿dónde estaba el mérito de D. Máximo al querer popularizar los descubrimientos imaginarios de Darwin?

Para decir la verdad no se necesita ser Director de un Instituto, mas para defender al inglés Carlos Roberto ya es otra cosa; que no á todos es dado ser trasformistas científicamente para tener el gusto de hacer al hombre descendiente de un antropoídeo.

Así Darwin dibuja el teorema
De su lucubración positivista,
Con el falaz sistema
De un mundo trasformista
Donde hasta el mismo Dios importa poco,
Y el mono es hombre, pero el hombre es loco.



XI.

LA PALEONTOLOGÍA EN DANZA.

El dragón volador *Pterodactylo*
Mezcla de ave y de pez, reptil centauro;
Monstruoso cocodrilo,
El inmenso y feroz *Megalosauro*;
Flotantes *ammonites*,
Y *ostreas* y *medusas* y *encrynites*;
Razas que hollaron en la edad remota
De un suelo virgen la corteza ignota ¹.

TODAVÍA hemos de dedicar este artículo al examen de los documentos paleontológicos, aunque algunos de nuestros lectores y casi todas

¹ El mismo.

nuestras suscriptoras quisieran que no les diéramos tanta terminología técnica; pero han de dispensarnos, porque cuando una ciencia hinchada y vana pretende apoderarse de las inteligencias para llevarlas al error, ha de salir al paso la ciencia verdadera, y ponerla en ridículo.

El libro que examinamos, en más de una ocasión acude, como en última instancia, á la *geología* y *paleontología*; cual si allí hubiera de encontrar jueces que vendiendo la justicia hicieran traición á la verdad. Conviene, pues, que esos jueces den sentencia firme, y condenen al impostor á extrañamiento perpetuo de los dominios de la ciencia, privándole de la sociedad de toda persona de juicio.

Junto con la repentina aparición de los seres en la superficie de la tierra y los abismos del mar, se halla otro hecho, que, bien probado y demostrado como está, bastaría él solo para combatir victoriosamente las teorías tras-

formistas, defendidas solapadamente por el Sr. Acevedo.

Según estas empezó la vida en seres microscópicos y embrionarios, de los cuales resultaron otros cada vez más desarrollados y perfectos hasta el tipo vertebrado, y en este hasta la especie humana.

Según enseña la paleontología empezó la vida por seres relativamente perfectos, tanto que Barrande se atreve á decir «que la composición de la fauna real parece haber sido hecha con el determinado designio de contradecir en todo á lo enseñado por las teorías trasformistas sobre la primera aparición de la vida animal en el globo».

Veamos algunos hechos.

Presupuesta la hipótesis trasformista, y el progreso de los organismos, el tal progreso exigía que al *eoión canadense*, foraminífero ó rizópodo reticular, según la opinión de los que le tienen por un ser verdaderamente organizado, se siguiesen en el orden cronológico

otros rizópodos, como los radiolarios, los zoófitos, y en general todos aquellos animales cuyas formas tuvieran un parentesco más ó menos cercano con este primer individuo del reino animal.

De esta clase de organismos deberían aparecer atestados los terrenos laurencianos superiores y los cámbricos, en términos que de ellos se hubiesen formado masas muy considerables. Sin embargo la cosa ha pasado de otra manera.

Los foraminíferos no pertenecen sino á la segunda fauna. Antes que ellos ya habían existido en la fauna *primordial* los *trilobites*, género de animales articulados muy superiores en perfección á los foraminíferos.

Otro tanto puede decirse de los *pólipos calcáreos* debidos á ciertos animalillos microscópicos que, apiñados en masas arborescentes, forman hoy día en los mares calientes del Ecuador grandes arrecifes y rocas considerables.

Si fuera verdadera la hipótesis *ma-*

ximiana, ¿no deberían hallarse estos pólipos con grande abundancia en los tiempos de la fauna primitiva, en razón de guardar tan gran semejanza con el *eoosón canadense*? Y sin embargo su aparición no se nota sino después de las primeras fases de la segunda fauna del Canadá.

El mismo orden inverso observamos en la clase de los reptiles, entre los cuales aparecen primero los *saurios*, que tienen extremidades para la locomoción; y después las *serpientes*, que carecen de ellas y se arrastran por la tierra. Los lagartos de dimensiones gigantescas y de formas diferentes tuvieron su era de prosperidad durante la época jurásica y cretácea, mientras que las serpientes no hacen su aparición sino en los tiempos terciarios.

Hasta los *batracios* protestan contra esa pretendida ley del progreso continuo invocada por los darwinistas. En primer lugar esos reptiles metamórficos vienen en el orden cronológico después de los saurios, siendo así que según la

referida ley debieran preceder á los verdaderos reptiles. Además los batracios más perfectos son los que vivieron en los terrenos carboníferos. Así los *raniceps* y los *parabatrachius* tenían á veces dos metros de longitud. ¿Qué tenían por tanto que envidiar á nuestra pobre rana? ¿No se sentiría ésta por el contrario en presencia de aquellos respetables parientes suyos tentada á desear su gigantesca magnitud? ¿No reventaría de envidia como la de la fábula?

Hácese cargo de este argumento el Sr. Director del Instituto, y le resuelve del modo siguiente:

«Contra esta observación alegan los darwinistas, que por grande que sea el respeto que merecen los datos geológicos y paleontológicos, no deben tenerse como la última expresión de la ciencia, puesto que cada día se hacen nuevos descubrimientos, que contrarían los conocidos».¹

¹ Pág. 66.

El mismo en la página 18 había escrito. «La teoría de Darwin sobre el *Origen de las especies*... no es en verdad nada nueva, según dejamos indicado, aunque sí lo es... la exposición de conocimientos hasta hoy ignorados, y los estudios y observaciones novísimas en todas las ciencias, y muy particularmente en la geología moderna, *ciencia que auxilia no poco al sistema darwinista*».

«En este punto, añade D. Máximo¹, es prodigioso el número de datos que la geología y sobre todo la paleontología han proporcionado al sistema darwinista», etc., etc.

El sí, el no, el qué sé yo le dan lo mismo
Al sabio defensor del darwinismo;
Y conforme á sus pautas,
Tan pronto dice pitos como flautas.

Estos darwinistas son así. Se les prueba que en los tiempos históricos no ha habido ni soñación del trasfor-

¹ Pág. 53.

mismo, y salen luego muy ufanos con lo que sucedió ó debió de suceder en las edades geológicas. Se les demuestra que la geología y la paleontología están en abierta oposición con sus locuras, y entonces adiós geología y abur paleontología; ya no sirven, porque son nuevas y no han obtenido aun su completo desarrollo: cuando esto ocurra ya verán los enemigos del trasformismo cómo favorecen la teoría de la transformación.

Hubo un pintor francés que quiso divertirse con el público á poco de haber salido á luz la primera edición del *Origen de las especies* por Darwin. Al efecto tomó un gran lienzo, que, pintado todo él de blanco, fué puesto en su marco correspondiente. En el lienzo sólo se veía este letrero:

PASO DE LOS ISRAELITAS POR EL MAR ROJO.

Los que se llegaban á contemplar aquella obra del ingenio humano, preguntaban admirados: *¿Dónde están los israelitas?* Y el artista muy satisfecho

respondía: *Ya han pasado.* Como en el cuadro no vieran tampoco los egipcios, á la pregunta *¿Y los soldados de Faraón?* contestaba imperturbable: *No han llegado todavía.* Finalmente, como allí no se viera señal alguna, ni el más pequeño vestigio de paso alguno de ninguna clase, las gentes, más asombradas cada vez, inquirían cómo era que no hubiese allí señales de los estragos causados en los egipcios. A lo que con burlona calma respondía el pintor: *No lo extrañen ustedes, que como las aguas del mar lo cubrieron todo al tiempo de la terrible catástrofe, no ha quedado nada á la vista, y así el paso se supone en el fondo de las aguas.*

Esto cabalmente es lo que sucede con nuestros trasformistas, para pintarnos el cuadro de la evolución lenta y progresiva. Ni los vestigios más insignificantes aparecen en el cuadro de la naturaleza, de semejantes fenómenos; pero no por eso se asustan ellos, antes bien nos aseguran muy formalotes que

esos vestigios están en el fondo de las aguas. Lo único que les sorprende es que los católicos no entonemos con ellos un himno de triunfo á la materia bruta, sólo porque á sus mercedes se les antoja.

«Cuando las hipótesis, escribe sabiamente Cuvier ¹, descansan sobre un principio meramente conjetural, y luego por otra parte necesitan de otras nuevas conjeturas para dar razón en particular de cada uno de los hechos, entonces nada en ellas existe de científico sino que son un mero juguete del espíritu que nada tiene de común con la ciencia, fuera del nombre».

Así sucede con el trasformismo; hipótesis sobre hipótesis explicadas unas por otras sin salir nunca del terreno hipotético. ¡Y esta es la tan cacareada ciencia de D. Máximo!

Cierto que las hipótesis son admi-

¹ *Dictionnaire des sciences naturelles. Art. Géologie.*

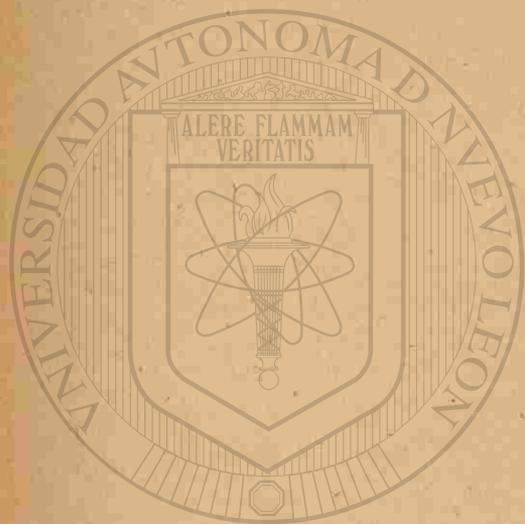
sibles en las ciencias, principalmente en las naturales; mas para que lo sean deben servir de algo en el desenvolvimiento científico, deben servir para explicar los hechos siquiera de un modo probable. Mientras para esto no valgan, nunca pasarán de vana palabrería y locuacidad importuna, enemiga mortal de la ciencia.

Esta ha dado y está dando testimonio de las verdades reveladas contenidas en el Génesis, á pesar de los enemigos de Dios, que quisieran servirse de ella, como de ariete, para demoler el alcázar santo de la fe.

Que el globo es un traslado
De auténtica verdad, muda elocuencia:
Del orden revelado

Los fósiles responden á la ciencia,
Y un génesis autógrafo está escrito
En páginas de pórfido y granito.

Desde el zoófito breve y diminuto,
Al mammouth, mastodonte, al dinotherio,
Reptil, insecto, bruto,
De uno y otro hemisferio,
El pez, la flor galana
Al soberano Dios canta el *Hossanna*.



XII.

EL HOMBRE ¿ES YA VIEJO?

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso:
Hízole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el paraíso.

ZORRILLA.

CONTINUANDO la refutación, en forma de solfeo, del libro del señor Fuertes, no podemos prescindir de dos artículos más, uno relativo á la enorme antigüedad del hombre sobre la tierra, y otro á su descendencia, ya que

no de cualquier mono, por lo menos de algún salvaje. Puntos ambos defendidos por el Sr. Acevedo.

Entre varios pasajes que pudiéramos citar del libro de D. Máximo, sirva de ejemplo el siguiente, que demuestra cuán grande es para el señor Director la vida del hombre sobre la tierra; está tomado de la pág. 160, y dice así:

«Cierto, muy cierto, que sucedía eso allá en los primeros tiempos de la historia, como si dijéramos *ayer*, dada la antigüedad del hombre; porque no creemos, dicen los darwinistas, que el Sr. Pérez Mínguez, con tan buen juicio siempre, sostenga que apenas apareció el hombre, ya empezó á escribir.

.....

»Hoy un niño deja de serlo á los quince años, pero á esa edad..... es ya un sabio muy grande comparado con lo que eran..... nada más, sin remontarnos mucho, las generaciones segundas de Adán».

Por aquí se ve, que para el señor

Fuertes, Adán es de ayer; y millones de siglos antes de aparecer en el suelo, estaba este poblado de hombres descendientes, como veremos más tarde, del tipo salvaje, que es el estado natural donde quieren estos sabios conducirnos. Excusado sería acudir, para probar la reciente aparición del hombre en la escena del mundo, á las historias y tradiciones humanas, á las antiguas escrituras de geroglíficos y cuneiformes, al testimonio constante de los filósofos y de todos los tiempos. ¡Bah! Todo eso sería desestimado por nuestro Fuertes, porque, ya lo he dicho más de una vez, él trata la cuestión en el terreno de la *ciencia*, y para él no hay ciencia fuera de las areniscas, los cuarzos, la creta, etc. Así, pues, á estos chismes preguntaremos por el tiempo de nuestros abuelos, ya que están tan dispuestos á decírnoslo.

Pero antes de los testimonios de las ciencias naturales, interroguemos á las exactas, por ver si nos dicen algo respecto á la antigüedad del hombre.

Al efecto recordamos, que no ha mucho tiempo el *Diario* nos dijo en son de triunfo que la población actual de la tierra era de 1.300.000.000 de hombres; aceptado este dato como bueno, porque viniendo del *Diario* no puede ser de otra manera, nos atrevemos á encargar, mejor dicho, nos atrevemos á suplicar á D. Máximo y á sus amigos del *Diario*, nos digan cuántos millones de años se necesitan para llegar á la primera pareja, puesto que hoy todos admiten la unidad de origen de la especie humana, ya sea por creación directa ó ya por transformación á lo Darwin.

Con el dato de la población se necesita saber también el aumento que esta misma población tiene. Si admitimos, como generalmente hacen los estadistas, que el aumento está representado por $\frac{1}{200}$ del total de la población, ó por $\frac{1}{250}$ ó también por $\frac{1}{300}$ la resolución del problema estará en averi-

guar el valor de x en esta ecuación

$$2 \left(1 + \frac{1}{200} \right)^x = 1.300.000.000.$$

¿Serán tan amables el *Diario* y D. Máximo que nos la den resuelta?

Para entonces les diremos lo que enseñan las matemáticas respecto á la antigüedad del hombre ⁴.

⁴ Como era de esperar, en vano se aguardó la resolución de la ecuación propuesta en el texto; porque ni el *Diario* masónico, ni el Sr. Fuertes resolvieron la dificultad, despejando la incógnita y hallando su valor. Los redactores del primero, porque no saben, y el Director del Instituto, aunque acaso también por la misma razón, creemos, ó queremos creer, que fué porque no quiso.

Sin embargo, la cosa es sencillísima para todo el que tenga alguna noción de álgebra elemental; como que se reduce á buscar y hallar el número de términos de una progresión geométrica, conocido el primero, el último y la razón.

El término primero es la primera pareja, Adán y Eva, el último los descendientes de esta primera pareja en nuestros días, es decir, 1.300.000.000, la razón $\frac{1}{200}$; que es el aumento anual de la población, según los estadistas. ®

Ahora veamos, aunque sea someramente, lo que la ciencia de D. Máximo ha descubierto.

Han dado desde algunos años á esta parte en la manía de la *prehistoria*, y en la manía de buscar por todas partes objetos *prehistóricos*, siendo burlados en más de una ocasión los buscadores de

Preparando, pues, la ecuación propuesta, tendremos:

$$\text{Log. } 2 + \left(x \text{ Log. } 1 + \frac{1}{200} \right) = \text{Log. } 1,300,000,000$$

$$\text{De donde } x = \frac{\text{Log. } 1,300,000,000 - \text{Log. } 2}{\text{Log. } 1 + \frac{1}{200}}, \text{ y,}$$

ejecutando las operaciones indicadas, encontramos para x el valor asombroso, extraordinario y piramidal de... ¿cuánto cree el amable lector? ¡Pues, nada menos que — casi no nos atrevemos á estam-parlo — 4.068!!!!

Esto significa que el número de los términos de dicha progresión es de 4.068. O lo que es lo mismo: que desde la primera pareja hasta la fecha no han transcurrido más que 4.068 años, tomando los datos suministrados por los hombres de ciencia.

tales objetos con el artificio de artistas que vendían por prehistórica la obra de sus manos.

No ha mucho leímos en un periódico la venta de una momia egipcia, que se suponía ser del tiempo de Sesostris, y de una persona real, habiéndose descubierto poco después que era el cadá-

De manera que el álgebra nos lleva hasta el diluvio de Noé, y nada más. ¿Qué ha sido de aquellos millones de años soñados por D. Máximo y otros soñadores no menos ilustres?

Con el diluvio noemítico se interrumpió la propagación, volviendo á empezar la progresión creciente, no ya por una pareja, sino por cuatro. De modo que sustituyendo el número 8 al número 2 de la primera ecuación, tendríamos esta otra:

$$8 \left(1 + \frac{1}{200} \right)^x = 1,300,000,000. \text{ La cual, re-}$$

suelta, nos daría el mismo resultado con la pequeña disminución de años exigida por la mayoría del primer término de la progresión.

Si por otra parte quisiéramos averiguar los hombres que debía haber hoy sobre la tierra, partiendo del supuesto que desde el diluvio acá han transcurrido 5887 años, tropezaríamos de nuevo con

ver de una francesa muerta en Alejandría el año anterior al de la venta de sus despojos!!!!

Sin ir tan lejos; cuando se abrió en Madrid la exposición de mineralogía, llamónos sobremanera la atención uno de los departamentos de la tienda principal en donde se veía este letrero:

la cifra estampada en las obras de geografía, sin más que plantear así la ecuación.

$$8 \left(1 + \frac{1}{200} \right)^{3887} = x$$

Estos resultados del álgebra son verdaderamente desesperantes para los aficionados á la *antigüedad*; pues aunque demos de barato que los datos son poco exactos, hay que confesar el acuerdo deslumbrador que existe entre la relación mosaica y lo que arrojan los cálculos mejor fundados. Así es que todos aquellos que tienen la palabra *ciencia* en la boca, debieran, si fueran hombres de buena fe, comenzar por un acto de esta virtud, para concluir luego quemando sus inútiles papeles anti-científicos.

Mucho deseamos que sea conocida esta demostración matemática, propuesta la primera vez por M. Faa Bruno, profesor de la universidad de Turín.

Objetos prehistóricos. Llevados de la curiosidad, creyendo encontrar allí el arma con que Caín mató á su hermano, las herramientas de Tubalcain, ó siquiera alguna de las hachas, barrenos, ó sierras con que fabricó su arca el Patriarca Noé, nos acercamos á ver y contemplar aquellos restos venerables de la civilización antigua.

Pero ¡oh desengaño! No encontramos más que algunos pedernales, idénticos á los que usan los cabreros de Sierra-Morena para encender la yesca; algunas piedras de esas que el vulgo llama *centellas*; algunos huesos y dientes que bien pudieran ser de hace veinte ó treinta años; pues por más que los huesos tenían la forma de cuchillo ó de punzón, apenas se diferencian en nada de los que en más de una ocasión encontramos en las chozas de los pastores de nuestro país, bien para picar las reses que padecen alguna inflamación, ó bien para otros usos. ¡Y á esos se les llama objetos prehistóricos!

¡Y de esas naderías ha querido sacar la incredulidad un argumento á favor de la antigüedad del hombre y de su primitivo estado salvaje! ¡Qué risa excitará en los siglos venideros la formalidad y el ahinco con que nuestros sabios buscan en las entrañas de la tierra algún pedazo de pedernal para combatir la fe y la ciencia!

El valor de los sílices, labrados ó sin labrar, que tanto dió que decir, y que á tantas hipótesis sin fundamento sirvió de base, ha quedado enteramente desacreditado, desde que el Abate Richar, bien conocido en España por sus trabajos hidrométricos, demostró en Edimburgo, ante la Asociación Británica para el adelanto de las ciencias, la identidad de los pretendidos sílices prehistóricos con los verdaderamente históricos, recogidos por él en gran abundancia no lejos del Jordán, en el punto donde el pueblo de Israel circuncidó á sus varones, después de cuarenta años de peregrinación por el desierto,

y sobre todo en el sepulcro de Josué, jefe y conductor de aquel pueblo después de la muerte de Moisés. Así es que por esta parte los prehistóricos han perdido el pleito.

Pero tocan otros resortes, además, los defensores de la antigüedad del hombre, contradiciendo en esto á sus predecesores los epicureos, puesto que Lucrecio había escrito:

..... *habet novitatem, summa recensque
Natura est mundi, neque pridem exordia cepit.* ¹

De las cavernas, donde se encuentran reunidos restos humanos, ó artefactos del hombre con huesos y esqueletos de animales que han desaparecido, como el *Mammouth*, quieren sacar partido, diciendo que, pues hace muchos miles de siglos que esos brutos dejaron de existir, y sus osamentas se hallan confundidas en un mismo terreno con las humanas, no puede esto deberse á otra causa que á la de haber sido con-

¹ *De natura rerum.*

temporáneos esos vivientes, sobreviviendo el hombre en virtud de la *lucha por la existencia*, mientras aquellos desaparecieron de la escena.

Mucho se ha escrito sobre el particular, y al fin la verdad va abriéndose camino. Hoy convienen casi todos los paleontólogos en que los terrenos donde se encuentran osamentas de animales desaparecidos ó emigrados como el *rengífero*, mezcladas con huesos humanos ó restos de industria, pertenecen á los terrenos de *aluvión*, y por lo mismo nada prueban respecto á la antigüedad del hombre; antes al contrario, prueban su aparición reciente.

Además no es todavía cierto que el Mammouth haya desaparecido más bien que emigrado. El *Athenæum* anuncia en uno de sus cuadernos, el de Octubre de 1883, que un colono de la alta Siberia había visto nada menos que tres de estos colosos. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que fué contemporáneo de los animales domésticos, el buey,

la cabra, el perro, etc. De esto dice Dupont, con ser tan amigo de alargar en muchos miles de siglos la vida del hombre, que *son otros tantos hechos definitivamente demostrados*.

Con que si los carneros no hacen al hombre viejo, tampoco los *Elephas primigenius*, contemporáneos de aquellos y de éste, le envejecen más de lo que en realidad está.

Otra tentativa de prueba presenta el Sr. Fuertes para hacer remontar el origen del hombre á una antigüedad fabulosa en las siguientes palabras: ¹

«Creyóse durante mucho tiempo, dicen los darvinistas, ² que la aparición del hombre se había verificado en la época *cuaternaria* ó moderna, en el período glaciario ó de los grandes fríos, que dieron por resultado los extensos

¹ Pág. 56.

² D. Máximo, como hicimos observar, defiende el darwinismo de un modo solapado, y por eso echa siempre el muerto á los darvinistas.

hielos del polo; mas según estudios minuciosos de eminentes geólogos, ya en la formación pliocena, horizonte superior del terreno terciario, así de Europa como del continente americano (California), existía el hombre, á juzgar por los cráneos y restos que de su industria, más ó menos tosca, se han encontrado en aquellos horizontes geológicos».

D. Máximo nos da, pues, resuelta en un periquete y en sentido afirmativo la cuestión del hombre terciario. Y también debió hacer esto *sin grandes esfuerzos de imaginación*. No obstante, el tal hombre es uno de tantos puntos en ciencias naturales, apenas inventados, combatidos y desamparados. Veamos.

El cráneo de California fué encontrado en 1866 en un pozo, cuya profundidad era de 130 pies, en el seno de una capa de guijas, encima de la cual extendíanse cuatro capas de ceniza volcánicas endurecidas, separadas por varias capas pluviales. M. Whitney ve en

dicho cráneo el tipo de los cráneos de los indios que habitan hoy las vertientes de Sierra-Nevada. Dice que el ángulo facial no indica inferioridad alguna de desarrollo, y que una de las conchas adheridas á las osamentas es, según la determinación de M. Cooper, la del *Helix mormorum*, que vive actualmente en las mismas regiones.

El hecho de la California, guarda cierta analogía con el de la campiña de Roma, donde se han descubierto debajo de algunas rocas volcánicas, cuya formación no ha dejado recuerdo alguno en la historia, varias obras de alfarería y otros productos de la industria humana, que ostentan los caracteres del tipo etrusco.

Arrincone, por consiguiente, D. Máximo este cráneo, ó resérvele para meditar sobre la muerte, porque no vale para otra cosa.

Otro tanto sucede con los cráneos de Europa. Por no alargarnos demasiado, nos contentaremos con recordar lo

que dicen Quatrefages y Hamy respecto á los cráneos de Cro-Magnon, con los cuales relacionan los hallados en la Magdalena, Lauguerie-Baja, Bruniquel, Aurignac, Menton, Cantalupo, Solutré, Grenelle y Goyat.

Dicen así estos sabios antropólogos:

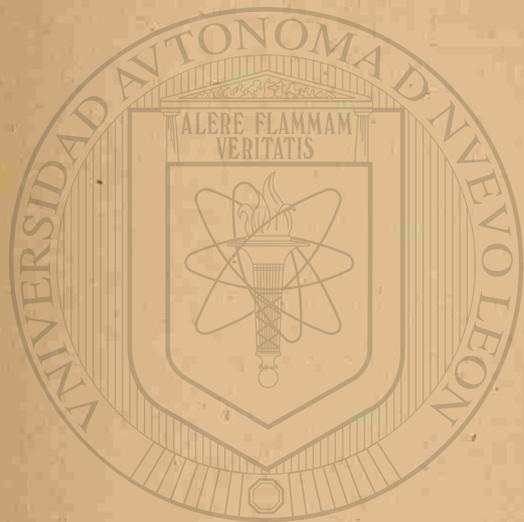
«El hombre de Cro-Magnon ha atravesado las edades que nos separan de las épocas cuaternarias, encuéntrasele en diversas épocas prehistóricas, permaneció en el estado de hordas hasta los tiempos modernos, y está representado todavía por cierto número de individuos aislados.

«Hásele encontrado en Chauny, en un cementerio galo de la edad de hierro, y en París, en las escavaciones del Hospital general. Empero en Africa es donde debe hoy buscarse á los representantes de dicha raza, en los sepulcros megalíticos de Roknar, entre las Kabilas de Beni-Manasser y del Djurjurá, y sobre todo entre los guanches de Tenerife».

De manera que esas razas humanas que se querían relegar á la geología, son tan históricas como los griegos y los galos. Pero nuestro Director no se conforma con las enseñanzas de la ciencia, si ésta no favoreciese las aberraciones y tonterías trasformistas.

.....
Y el hombre soberano vitalicio
De tanta maravilla,
Deja vacante el sacrosanto trono
Para sentar en él al *hombre-mono*.





XIII.

¿SOMOS Ó NO SOMOS SALVAJES?

Tomó Dios tierra con la augusta mano
Del encarnado suelo,
Y formó el ser humano
A su divino y celestial modelo;
Con un soplo inspiró en el rostro frío
Alma, virtud, razón, vida albedrío.
Era su nombre *Adán*, porte sereno,
De noble y majestuoso continente;
Ancho el robusto seno.

Moraba el genio en su elevada frente.

TALES fueron los comienzos de la
humanidad. Y esto es lo que no
pueden sufrir los seides del error, á
quienes nuestro nunca bastante pon-
derado D. Máximo hace coro, ganoso

de difundir entre el pueblo los conocimientos novísimos, que despojándonos de lo que nos distingue de los otros seres de la creación, pugnan por semejarnos á ellos, según lo declarábamos en el primer artículo, dedicado al examen del *Darwinismo*, y sintetizado en esta estrofa, con que encabezamos nuestro trabajo.

 Mi padre fué chimpancé,
 Y mi abuelo orangután,
 Mi bisabuelo lagarto,
 Y yo soy... hombre formal.

Siguiendo el Sr. Fuertes las huellas de Darwin, y en fuerza de la lógica, se ve precisado á afirmar que el primer hombre, ó los primeros hombres, vivieron la vida salvaje: siendo esta una de las razones alegadas por el naturalista inglés y copiada por el extremeño, para persuadirnos y convencernos de que no debemos tener tanto asco al origen *simio*, cuando poco más perfecto es el de salvajismo que nunca podremos eludir.

Entre muchos, bástenos este pasaje tomado del libro del Sr. Acevedo á continuación del transcrito en el artículo precedente.

«Pero esos cráneos, ¿corresponden al hombre inteligente y dotado del don singularísimo de la palabra, tal como aparece en la época inmediata ó cuaternaria? Créese que no, porque esos cráneos presentan todos los caracteres de la raza salvaje; y de aquí, que los darwinistas admitan que el hombre *plioceno* de la California, como el de Europa, es simplemente una especie intermedia, lazo entre el mono y el hombre.»

Y antes que Darwin y su discípulo Fuertes, habían querido *salvajizarnos* los corifeos de la escuela democrática moderna, Rousseau y Helvecio, como que ciertas gentes no aciertan á civilizar sino barbarizando primero á los que hayan de ser el *anima vilis* de sus civilizaciones.

¡Qué afición, señor, que afición por el salvajismo!

Como en el último de nuestros artículos demostramos la reciente aparición del hombre sobre la tierra, réstanos ahora probar, que los primeros hombres no fueron salvajes, ni mucho menos, y que el salvajismo se introdujo muy posteriormente en la humanidad, como degradación y retroceso de ciertos pueblos, separados del centro de la civilización.

Empecemos por los cráneos, á los que muestra nuestro Director afición extremada, siquiera en esto, como en otras muchas cosas, se contradiga lastimosamente, desdiciendo en una página la afirmado en otra.

De los cráneos de Cro-Magnon, dice Hamy: «Una de las cabezas, la de un anciano, lejos de recordar el tipo del mono, ofrece más bien la exageración de los rasgos que distinguen al tipo del hombre del tipo de los antropomorfos».

Y Broca no duda asegurar «que es un individuo excepcional» añadiendo: «Pregúntase uno si él acaso no ha

querido que la primera cara de hombre conocida de dicha raza de trogloditas fuera la de un individuo que ofrece algunos caracteres anatómicos excesivos»¹.

De los cráneos de Stoderthelze, en Suecia, dice Nilson: «Los caracteres anatómicos de estos cráneos, apenas difieren de los cráneos de los tiempos modernos, recogidos en la Europa occidental por los antropólogos.»

Pero donde se ve demostrado el ningún fundamento del salvajismo humano, es en los *Crania Ethnica* de Quatrefages y Hamy; pues que esos sabios prueban que las deformidades cránicas, á que tanto valor se ha querido dar, persisten todavía.

El mismo Quatrefages, en nombre suyo y en el de su compañero, leyó el 2 de Junio de 1873, ante la Academia

¹ Boletín de la sociedad antropológica, 2.^a serie, T. 3.^o, pág. 477.

de Ciencias, una exposición, donde se dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Los dos estamos profundamente convencidos de que los descendientes de tal hombre hállanse todavía hoy mezclados y enlazados con los representantes de los tipos más recientes. Esta convicción... es el resultado de observaciones muchas veces repetidas... Los caracteres esenciales de la raza de Canstadt son, sobre todo en el hombre, un aplastamiento notable de la bóveda cránica, coincidiendo con una dolicocefalia muy pronunciada; la proyección hacia atrás de la región posterior del cráneo; el desarrollo algunas veces enorme de los senos frontales; la dirección muy oblicua de la frente, y la depresión de los parietales en su tercio postero-interno... Dichos caracteres atenúanse en la mujer... La forma cránica de que se trata *no es por otra parte incompatible con un desarrollo intelectual igual á aquel que va unido con otras formas menos excepcionales.*»

«Entre los dolicopticéfalos modernos, figuran algunos individuos distinguidos por su saber, y algunos personajes históricos; Kay-Likke, gentil hombre dinamarqués, que representó cierto papel político en el siglo XVI, San Mansuy, obispo de Toul en el siglo IV, y Roberto Bruce, el héroe escocés. *Estos hechos demuestran una vez más el error grosero en que se incurriría haciendo relacionar con las formas cránicas algunas ideas absolutas de superioridad ó de inferioridad intelectual ó moral.*»

Si no fuera suficiente lo dicho para ver la tontería conque D. Máximo pretende deducir el primitivo estado salvaje de la humanidad de la consideración de los cráneos, que son tenidos por más antiguos, el mismísimo señor Acevedo, nos lo daría hecho y migaído en las frases siguientes, tomadas de la página 98, de su ya famoso aunque incógnito libro.

«Es decir, que tratándose del cerebro y sus funciones, es preciso atender

más á la calidad que á la cantidad; y hasta ahora, no hay escarpelo que pueda apreciar cuál es esa calidad representada, no sólo por la naturaleza de la sustancia que forma la masa encefálica, sino por el flúido particular y misterioso que excita la masa encefálica.» A lo que se ve, para el señor Fuertes, el alma está demás.

El mismo en la pág. 181 añade: «No se trata de la *cantidad*, sino de la *calidad*. Cabezas hay, y por lo mismo *cerebros muy pequeños*, y sin embargo, son prodigios de ingenio, de inspiración y de talento; y viceversa, otras cabezas hay muy grandes, y son... el señor Polo lo sabe.»

Todo esto está en oposición con lo que anteriormente había escrito Don Máximo; pero ¿qué le importa al señor Director una contradicción más? Debiera al menos tener presente aquel antiguo adagio que dice: *Mendacem oportet esse memorem*, traducido á nuestro idioma por este otro: *Primero se coje á*

un mentiroso que á un cojo. Sin embargo, debemos añadir, en descargo de nuestra conciencia, que no creemos lo haya hecho de mala fe; sino que no se le alcanzó otra cosa.

Aunque, bien considerado, D. Máximo podrá exclamar muy satisfecho: *¿Y á mí que?* La Diputación ha subvencionado mi libro, y por lo mismo me importa un bledo de la crítica del *Aviador*, porque si buenos varapalos me da, buenas subvenciones me conceden.

Terminaremos este artículo, con algunos otros datos que aclaren más y más lo desacertado que estuvo el señor Fuertes, al establecer como indudable lo que en el estado actual de la ciencia es insostenible, la remota antigüedad del hombre y su primitivo estado salvaje.

Según *La Nature*, Revista inglesa, correspondiente al 17 de Mayo de 1877, el estudio detenido de las armas de guerra y caza, de hueso y de asta, de los primeros habitantes de la Europa

occidental, lo mismo que el estudio de la fauna que les rodeaba, comparada con la fauna actual, sólo hace remontar el origen de los europeos á algunos miles de años: exactamente lo mismo que enseña la historia.

«Si creemos á algunos sabios, dice Bertrand, la *edad de las cavernas* ha durado, no centenares, sino miles de años, y representa, de una manera general, la primera fase del desenvolvimiento de la humanidad. *Eso son meras hipótesis. Nada hay que pruebe que el trogloditismo haya sido, ni aun en las edades primitivas, otra cosa que una excepción.*

«Algunos filósofos teóricos han pretendido que el hombre había sido en todas partes condenado á pasar sucesivamente, y como por una ley de su propia naturaleza, del estado de cazador nómada al de pastor, luego al de agricultor. *Hasta aquí los hechos desmienten tales teorías, al menos respecto á la Europa.*»¹

¹ Arqueol. céltica y gala. Paris 1876. Prefacio.



XIV.

REVELACIONES DE UN BISTURÍ.

El darwinista Beltran
Quiso dar una lección,
Haciendo la disección
De un difunto orangután.
Empuña con mucho afán
El bisturi y escalpelo,
Y entre el cuerpo de su abuelo
Y el de un hombre bien nacido
Halló el mismo parecido
Que entre un burro y un mochuelo.

Aunque hemos dicho que no trataríamos la cuestión del transformismo desde el punto de vista de la anatomía, embriología y osteología comparadas, donde, según piensan los

occidental, lo mismo que el estudio de la fauna que les rodeaba, comparada con la fauna actual, sólo hace remontar el origen de los europeos á algunos miles de años: exactamente lo mismo que enseña la historia.

«Si creemos á algunos sabios, dice Bertrand, la *edad de las cavernas* ha durado, no centenares, sino miles de años, y representa, de una manera general, la primera fase del desenvolvimiento de la humanidad. *Eso son meras hipótesis. Nada hay que pruebe que el trogloditismo haya sido, ni aun en las edades primitivas, otra cosa que una excepción.*

«Algunos filósofos teóricos han pretendido que el hombre había sido en todas partes condenado á pasar sucesivamente, y como por una ley de su propia naturaleza, del estado de cazador nómada al de pastor, luego al de agricultor. *Hasta aquí los hechos desmienten tales teorías, al menos respecto á la Europa.*»¹

¹ Arqueol. céltica y gala. Paris 1876. Prefacio.



XIV.

REVELACIONES DE UN BISTURÍ.

El darwinista Beltran
Quiso dar una lección,
Haciendo la disección
De un difunto orangután.
Empuña con mucho afán
El bisturi y escalpelo,
Y entre el cuerpo de su abuelo
Y el de un hombre bien nacido
Halló el mismo parecido
Que entre un burro y un mochuelo.

Aunque hemos dicho que no trataríamos la cuestión del transformismo desde el punto de vista de la anatomía, embriología y osteología comparadas, donde, según piensan los

evolucionistas, se encuentran las pruebas más concluyentes de la transformación sucesiva de los seres organizados, haremos, no obstante, algunas observaciones acerca de la primera de las indicadas ciencias; no sea que acaso crean que el no tratar de estas materias reconozca por causa la imposibilidad de escribir algo satisfactorio en confirmación de nuestra tesis.

Dejando, pues, á un lado lo relativo á la embriología, omisión que nuestros lectores sabrán disimular; pues no parece bien que una señora trate de esas cuestiones, donde por necesidad hay que hablar de ciertos órganos innombrables, probaremos, con el escalpelo en la mano, que tanto tiene que ver el hombre con el mono, como por los cerros de Úbeda. Mas como por otra parte algunos darwinistas, entre ellos el autor del libro que ha sido ocasión de estos artículos, confiesan que, en efecto, ni el mono es hombre, ni el hombre mono, aunque de esto último habría

mucho que hablar, probaremos también que no sólo no lo es en la actualidad, sino que además es imposible que descienda de él ni de ningún otro bruto.

Los argumentos de los darwinistas son muy originales en esta materia de la anatomía comparada, como en todas, según se ha visto en los precedentes artículos.

Así dicen: El mono, sobre todo el perteneciente á las categorías superiores, gorila, chimpancé y orangután, tiene los mismos órganos y los mismos miembros que el hombre; luego es su padre.

Sobre ser falso el antecedente de la expuesta argumentación, según veremos, también es falsa la consecuencia; porque ese raciocinio podría repetirse respecto de casi todos los vertebrados, la mayor parte de los cuales no los coloca Haeckel, discípulo predilecto de Darwin, entre sus ascendientes. Y así podríamos argüir: La zorra está dotada de los mismos órganos que un darwinista, luego es su madre.

Sin necesidad de recurrir á la sección del cuerpo humano y al de cualquier especie de mono, aunque sea el más perfecto, basta poner uno enfrente de otro, para convencerse de la inmensa distancia que hay entre los dos organismos; y sólo una filosofía brutal ha podido confundir dos seres, entre cuyos cuerpos hay un abismo, que se ve sin necesidad de antiparras.

Lo que conoció toda la humanidad, aun la destituida de luces superiores, lo ignoran estos modernos *sabios* cuya sabiduría consiste en disparatar á más y mejor.

Un poeta gentil había expresado el pensamiento de la humanidad en estos bellísimos versos:

*Os homini sublime dedit, coelumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus*¹.

Y en efecto, es tal la posición que dió la naturaleza al hombre, que no puede menos de andar con la cabeza

¹ Ovidio.

erguida, mirando al cielo, su patria, mientras que todos los demás representantes de la vida animal, constantemente tienden á la posición horizontal; como que su destino no pasa de los límites del tiempo, ni se levanta por cima de la tierra.

Sin necesidad de anatomías, se ve esta inmensa diferencia entre el hombre más salvaje y mono más civilizado y de organismo más perfecto.

Pero viene luego la comparación de los cuerpos humano y bruto, y esta comparación anatómica demuestra al más preocupado que el hombre se hizo para andar mirando al cielo, y el mono para arrastrarse por la tierra, ó trepar por los árboles, sin que el primero pueda jamás acostumbrarse á andar en cuatro pies, ni el segundo en dos manos.

La razón de esta diferencia la expone Santo Tomás con la lucidez que acostumbra, cuando dice: ¹ «Por cuatro

¹ 1. p. q. 91, art. 3. ad 3.

motivos fué conveniente al hombre tener la estación recta. Primero, porque los sentidos han sido dados al hombre, no sólo para procurarse las cosas necesarias á la vida, como acontece á los demás animales, sino también para adquirir conocimiento de los objetos. De donde nace que, mientras los demás animales no reciben deleite de las cosas sensibles, sino cuando estas contribuyen á la satisfacción de sus necesidades corporales y del apetito venéreo, solo el hombre se deleita en la hermosura de ellas por sí mismas y por su mérito intrínseco. Y porque los sentidos ostentan su vigor principalmente en la cara, ésta en los brutos se halla vuelta hacia la tierra, como para ayudarles á buscar la comida y á procurarse el sustento: mas el hombre la tiene levantada para que por medio de los sentidos, principalmente el de la vista, que es más sutil y el que nos presenta mayor variedad de objetos, pueda expeditamente conocer por todas partes las co-

sas sensibles, así las del cielo como las de la tierra, y colija de todas ellas la verdad inteligible.

»En segundo lugar, le es conveniente esta posición, para que las fuerzas interiores ejerzan con más libertad sus operaciones, hallándose el cerebro, donde en cierta manera se ejecutan, no deprimido, sino levantado sobre todas las otras partes del cuerpo.

»La tercera razón es, porque si el hombre tuviera su estación al modo de los cuadrúpedos, las manos le deberían servir de pies delanteros; y así no podrían servir de utilidad alguna para los trabajos mecánicos.

»La cuarta, finalmente, consiste en que, teniendo la posición inclinada, y sirviéndose de las manos para el oficio de los pies, se vería precisado á tomar la comida con la boca: por lo mismo debiera ésta ser oblonga, con labios duros y gruesos y con una lengua de esta misma clase, para que no recibiese lesión de las cosas externas, como se

ve en los otros animales. Y con esta disposición quedaría impedida el habla que es propia y exclusiva de la razón».

Hemos querido copiar este largo razonamiento de Santo Tomás, para que en él se viera el pensamiento de la filosofía cristiana acerca de la cuestión presente, por más que los darwinistas no se hacen caso de ella, y explican estas diferencias por medio de la *adaptación y caracterización permanente*. Por lo cual, en más de una ocasión nos repite el autor del libro que impugnamos, que bien sabe él y todos los defensores del trasformismo, que ni el hombre *actual* es mono, ni el mono *actual* hombre, y que no se trata de eso.

Tampoco nosotros pretendemos demostrar que el mono no sea hombre ni viceversa; sino de probar que el hombre no descende á la corta ni á la larga de ningún antropoideo; ó valiéndonos de la frase de un famoso trasformista, lo que intentamos probar, y probamos de

hecho, es que el hombre no es un mono *regenerado*, sino un Adán *degenerado*.

Y la prueba palpable de este aserto es la configuración del cuerpo del hombre comparada con la del mono, aunque sea el más perfecto. Así lo enseña la filosofía, y, lo que es más para los darwinistas, también la *ciencia*; siendo por consiguiente ridícula en alto grado la evasiva de estos señores, cuando apelan á la *caracterización y adaptación*, por decir algo.

Que así sea, nos lo demuestra Quatrefages, cuya autoridad en la materia no es dado negar. Oigámosle:

«En la teoría de Darwin las trasformaciones no se efectúan como quiera y en todos sentidos, sino que son impedidas por ciertas necesidades que lleva consigo la organización misma. Una vez modificado el organismo en un sentido determinado, podrá muy bien sufrir trasformaciones secundarias, terciarias, etc., pero nunca dejará de conservar los rasgos del tipo original. Esta es

la ley de *caracterización permanente*, única que permite á Darwin dar cuenta de la filiación de los grupos de su caracterización. Y de sus relaciones múltiples. En virtud de esta ley es como *todos* los descendientes del primer molusco han sido moluscos, y vertebrados *todos* los descendientes del primer vertebrado. Ya se ve que ella constituye uno de los fundamentos de la doctrina.

»Síguese de aquí, que dos seres pertenecientes á dos tipos distintos, pueden muy bien retroceder hasta un *antepasado común*, cuyos caracteres no estaban todavía bien definidos, pero no descender el uno del otro. Ahora bien: el hombre y los monos, en general, presentan desde el punto de vista del tipo, un contraste muy marcado. Los órganos que los constituyen se corresponden, como ya lo dejamos indicado, casi rigurosamente término por término. Mas estos órganos se hallan dispuestos conforme á un plan muy diferente. En el hombre, su coordinación es tal, que

de ella resulta por fuerza un andador. Y la del mono produce necesariamente un trepador.

»Esta es una disposición anatómica y mecánica que habían puesto ya muy de relieve, en orden á los monos, los trabajos de Viecq d'Azyr, de Lawrence, de Serres y de otros. Los estudios de Duvernoy sobre el gorilla y los de Gratiolet y de M. Alix sobre el chimpancé, han puesto fuera de duda la conveniencia absoluta de los antropomorfos en este carácter fundamental. Basta por otra parte poner los ojos en el grabado presentado por Huxley, donde figuran los esqueletos de los monos más perfectos, al lado del esqueleto del hombre, para convencerse de esta verdad.

»La consecuencia de estos hechos, en orden á la aplicación lógica de la ley de *caracterización permanente*, es que el hombre no puede descender de un antepasado caracterizado ya como mono, sea este un catarrino con cola ó sin

ella. *Un animal ANDADOR no puede descender de un TREPADOR.* Esto lo ha entendido muy bien Vogt, quien colocando al hombre en el número de los *primates*, no duda en afirmar que los monos más inferiores han pasado más allá del jalón, de donde han salido con dirección divergente los diversos tipos de esta familia»¹.

¿Qué dicen á esto los darwinistas, tan entusiastas de la ciencia? ¿Nada? No, porque dicen menos que nada, diciendo una tontería como todas las suyas.

Aseguran muy serios que, si el hombre anda en dos pies, es porque quiere y cuando quiere; y que si el mono anda sobre sus cuatro patas, es porque le da la gana; ya que también es aficionado á caminar en dos, como el hombre suele andar en cuatro cuando es niño.

Esta respuesta es parecida en lo ridículo á la que dan los trasformistas cuando se les pregunta: ¿por qué siendo

¹ *L'espece humaine*, Chap. XI. París, 1880.

nuestros padres, los monos, tan peludos, nacemos los hombres tan pelones? Dicen muy serios,—porque en efecto lo son,—que nuestros antepasados, mejor dicho los suyos, acostumbraron á acostarse de espaldas y refregarse contra el suelo; con lo cual no podía menos de pelárseles el espinazo, como á un borrico amatado. Siguiendo la costumbre de padres á hijos, llegó un momento en que todos los descendientes nacían con el lomo pelado: mas como esto de estar á medios pelos era muy grotesto y poco artístico, porque parecían aquellos seres, los primeros de la creación en aquel tiempo, unos bichos sarnosos, se encargó la *selección* de ir pelando el resto del cuerpo, hasta que aparecimos nosotros sin sacar más cabello que el de la cabeza; y no dudamos que desaparecerá también con el tiempo, llegando á ser la parte superior de nuestro cuerpo una perfecta calabaza. Sólo así puede explicarse la prodigiosa multitud de los calvos.

No se crea que nos burlamos; porque la anterior explicación está tomada casi al pie de la letra de la *Revista científica* del 31 de Enero de 1880.

Estos darwinistas han tomado por lo serio la fábula de La Fontaine, donde cuenta que un hombre entre mozo y viejo, y por lo mismo medio cano, hacía el amor á dos viudas, una joven y otra ya entrada en días, las cuales, deseando que su amado se pareciese á ellas en el pelo,

La vieja por su parte le arrancaba
 Los pocos pelos negros que tenía;
 La joven á su vez solo quitaba
 Las canas á su amor, y en la porfía
 Tanto pelo una y otra le arrancaron,
 Que calvo le dejaron.

Pero volvamos á nuestro asunto.

Los niños andan á gatas, pero nunca en cuatro pies; y desafiamos al darwinista más majó á que haga la experiencia y verá cómo le es imposible sostenerse por algunos pocos minutos sobre sus cuatro extremidades, siempre que no se apoye en las rodillas.

Conocí yo en mis buenos tiempos un antiguo Dómine, el cual debía ser sin duda darwinista, ó al menos conservar alguna reminiscencia de pasadas edades, porque su castigo favorito era poner á los discípulos, cuando hacían alguna travesura, en *veinte uñas*. El tormento era atroz, y á los pocos segundos el infeliz que lo sufría rodaba por el suelo, sin que le fuera posible conservar aquella posición antinatural. Haga la experiencia quien quisiere y verá si hay exageración.

La razón de esto se halla en la misma estructura humana, como en la estructura del cuerpo del mono se halla igualmente la de que este ande en cuatro pies, como todos los cuadrúpedos, y sólo con mucho trabajo en dos, y por poco tiempo; lo cual no es exclusivo de ese tipo, porque también los osos y los perros y gatos domesticados suelen hacer esas habilidades.

Si preguntamos la explicación de estos fenómenos al bísturí, nos la dará

satisfactoria, al presentarnos en pocas secciones la diferente estructura del cuerpo del hombre y del mono.

Así empezando por la parte superior, por la cabeza, sabemos que siendo mucho más pesada en el hombre que en sus pretendidos ascendientes, atendida la masa de todo el cuerpo, por la mayor cantidad de la encefálica encerrada dentro de su cráneo, no podría ésta sostenerse con facilidad en el sentido horizontal, sin un poderoso cordón cervical que la ligara estrechamente al cuello. Pero sucede que este cordón, tan fuerte en todos los cuadrúpedos, sin excluir los antropomorfos, es casi nulo en el hombre. De aquí el cansancio que pronto se experimenta cuando nuestra cabeza no está colocada verticalmente sobre las vértebras del cuello.

Por eso el autor sapientísimo de esta máquina admirable, que llamamos cuerpo animal, dispuso que la cabeza humana estuviera unida á la columna

dorsal, poco más ó menos, por la mitad de su base, mientras que en los monos solamente se une á dicha columna por uno de los extremos; dándose con esto á entender que nuestra cabeza en relación con el tronco pide la posición vertical, al contrario de lo que ocurre entre el tronco y la cabeza de los cuadrumanos, cuya disposición anatómica exige la estación horizontal.

Además de esto, la conformación del bacinete y de los muslos en ambas especies nos manifiesta claramente la misma verdad que acabamos de ver probada con la consideración de la cabeza en su enlace con el tronco.

El bacinete en el hombre, ancho y sólidamente construído, al paso que sirve de apoyo seguro á la columna vertebral, permite á las piernas ensancharse convenientemente, para que la base de sustentación sea mayor, hallándose los pies separados uno de otro, y quedando las piernas perpendiculares al horizonte, pueden servir, y de hecho

sirven, como columnas que sostienen todo el cuerpo.

El fémur se halla de tal suerte encajado en la cavidad iliaca, que puede moverse libremente en varios sentidos, para sustentar en diferentes posiciones el peso del cuerpo, sin que por eso se corra ordinariamente peligro ninguno de dislocación, porque las ligaduras que le tienen amarrado, son fortísimas, y todo está perfectamente dispuesto para la estación bípeda, según puede verse con más extensión en Zimmerman ¹ citando las observaciones de Weber.

En los cuadrumanos sucede todo lo contrario, porque en ellos el bacinete es estrecho y oblicuo, no dirigiendo hacia el suelo las cavidades iliacas, sino cuando el espinazo del animal se halla en el sentido del horizonte; prueba evidente de que esta es en ellos la posición exigida por la naturaleza de su organismo.

¹ *L'homme.*

Concluiremos estas observaciones con las relativas á la estructura de las extremidades de los seres, cuyo parentesco próximo se quiere neciamente establecer.

Respecto al hombre, he aquí lo que ha escrito Godron, cuya autoridad es seguramente irrefragable, ya se atienda á sus conocimientos en la materia, ya se considere la conformidad de lo que dice con las observaciones que puede hacer cualquiera, tomando en la mano un bisturí.

«En el hombre, escribe ¹, el pie es ancho, la pierna cae perpendicularmente sobre él, el talón es abultado en su parte inferior, y los huesos del tarso y del metatarso, forman una especie de bóveda que protege contra la compresión de los músculos de la planta del pie; los dedos son cortos y con movimientos muy limitados; el pulgar,

¹ *De l'espèce et des races etc.* T. 3. L. 3, chap. 1. Paris, 1882.

más grueso que los otros, está colocado sobre el mismo plano de los demás y no les es oponible. Este pie, por consiguiente, está admirablemente construido para recibir sobre sí el peso del cuerpo, pero no puede servir ni para agarrar las cosas ni para trepar. No se parece nada á las extremidades superiores, que son las manos, instrumentos perfectos de aprehensión pero no de locomoción. Por tanto, el hombre debe sostenerse sobre sus dos pies únicamente, conservando así la libertad entera de sus manos, instrumentos admirables por la extensión, por la variedad y precisión de sus movimientos; los cuales se hallan de esta manera perfectamente ordenados al servicio de la inteligencia.»

Muy otra es la estructura de las extremidades de los monos, tanto de las torácicas como de las abdominales, por ser muy distinto el uso para el cual fueron formadas.

La pata del orangután no cae per-

pendicularmente sobre la base de su mano posterior, sino con oblicuidad; así es que el animal no pisa el suelo con la planta, cuando quiere imitar el andar del hombre, sino que le pisa con el borde exterior. El pulgar, tan no está en el mismo plano de los otros dedos, que forma con ellos un ángulo casi recto, y no toca al suelo, cuando el bicho quiere ponerse de pie sobre sus patas traseras.

Muy parecida es la configuración de las manos posteriores, ó pies, en el gorila y chimpancé, y en ambos se nota también la dificultad que experimentan de andar en forma humana. Lo que cuentan de este animal algunos naturalistas está terminantemente desmentido por el inglés Chaillu ¹, quien de intento se fué al Africa para poder estudiarle.

No queremos continuar por hoy

¹ Exploraciones y aventuras en el Africa ecuatorial. Londres, 1861.

nuestros estudios anatómicos, pues bastan y sobran las apuntadas indicaciones, para que se vea que eso de la tan socorrida *adaptación* de los trasformistas sólo es á propósito para entretener viejas y acallantar niños.



XV.

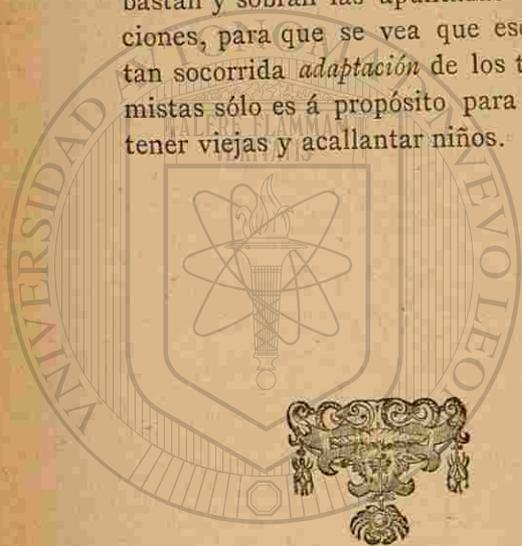
LAS CALAVERAS.

De un mono la calavera.
Cierto incrédulo estudiaba;
Con la del hombre buscaba
Semejanza verdadera.

Las dos pone en su chistera
Y sale diciendo ufano:
Del simio al género humano
No hallo gran distancia yo.
Y un chusco le contestó:
Como entre usted y un hermano.

Los defensores del origen simiaco del hombre, no bastándoles la consideración de las patas de los que llaman con orgullo sus antepasados, ni viendo en la gallarda apostura de los

nuestros estudios anatómicos, pues bastan y sobran las apuntadas indicaciones, para que se vea que eso de la tan socorrida *adaptación* de los trasformistas sólo es á propósito para entretener viejas y acallantar niños.



XV.

LAS CALAVERAS.

De un mono la calavera.
Cierta incrédulo estudiaba;
Con la del hombre buscaba
Semejanza verdadera.

Las dos pone en su chistera
Y sale diciendo ufano:
Del simio al género humano
No hallo gran distancia yo.
Y un chusco le contestó:
Como entre usted y un hermano.

Los defensores del origen simiaco del hombre, no bastándoles la consideración de las patas de los que llaman con orgullo sus antepasados, ni viendo en la gallarda apostura de los



hijos de Adán más que un resultado de antiguos esfuerzos, parecidos á los que hace el guacamayo para imitar la voz humana, apelan á otros medios de prueba, sin hartarse jamás de calabazas.

Casi casi nos vemos tentados á creer que alguno de ellos debe ser por precisión descendiente de esos antropóides, viéndoles tan aficionados á la fruta, por una parte, y por otra considerando el empeño tenacísimo en confesarse hijos ó nietos de padres peludos ó de animales *de pelo en pecho*, frase favorita de nuestro Fuertes.

Visto ya en el artículo anterior, lo imposible de la descendencia simiaca del hombre, atendida la disposición de sus órganos, tales como la cabeza respecto al tronco y las cuatro extremidades, fáltanos ver ahora algo de lo mucho que se puede decir en orden al primero de los miembros citados, que forma la parte principal del organismo humano y bruto.

Hablemos, pues, de la cabeza.

O si se quiere del cráneo, en el lenguaje familiar la *calavera*.

Son en gran manera aficionados los modernos sabios á las *calaveras* y al estudio de las *calaveras*.

Por eso hacen tantas *calaveradas*.

Antiguamente la *calavera* servía al hombre para considerar el fin de la vida presente; hoy, como tanto se ha progresado, ya no sirve para la meditación de la muerte, sino para el estudio de la vida. ¡Hase visto cosa más singular! ¡La imagen de la muerte convertida en medio de investigación del principio de la vida!

Los positivistas dieron existencia real á un cuento del *Filósofo Rancio* acerca de una *calavera*.

Refiere aquel escritor, humorístico y profundo á la vez, que en cierta ocasión un predicador, tomando en sus manos una calavera enorme, preguntaba desde el púlpito á sus oyentes, repitiendo una y otra vez: «¿De quién será esta calavera?»

La mala fortuna del padre quiso que el cráneo escogido para mover á compunción á los fieles sirviera de local y habitación de un avispero, cuyas moradoras, viéndose zarandeadas con los movimientos impresos por el predicador á la calavera, protestaron enérgicamente de aquella violación de domicilio sin mandato judicial, acompañando las protestas con fieros rejonazos arrimados á las manos y cara del predicador, el cual arrojó lejos de sí el instrumento de compunción, gritando: «¡Del demonio puede ser!!!»

La ficción del Rancio se ha convertido en realidad. Los antropólogos y biólogos modernos, apenas encuentran en cualquier parte una calavera, la toman en la mano con mucho respeto, aunque no religioso, la examinan atentamente por delante, por detrás, por arriba, por abajo, por fuera, por dentro, la pesan, la miden en todas direcciones, filosofan sobre todas y cada una de sus partes, exclamando después de un lar-

go y detenido examen: «¡De quién será esta calavera!!! ¿Será de un antropóideo?,... ¿Será de un proguato?,... ¿Será de un salvaje?,... ¿Será de un hombre civilizado?.....»
.... «¡De quién será esta calavera!»

Vamos, por consiguiente, á preguntar á las calaveras á ver si su testimonio concuerda con el de los calaveras, que piensan encontrar en los cráneos respectivos del hombre y del mono un argumento concluyente de filiación y paternidad recíproca, ya que no tengan otra clase de partidas de bautismo que acrediten el parentesco.

Lo que decíamos en el artículo anterior acerca del mejor medio de demostrar las diferencias esenciales entre el hombre y los monos, á saber: ponerlos frente á frente y comparar un organismo con otro, eso repetimos ahora, apelando al sentido común, tan raro entre ciertos sabios: basta examinar la figura de los cráneos según la presentan varios autores, muchos de ellos

darwinistas, para quedar enteramente convencido de cuán absurda es la hipótesis de los trasformistas.

Mas ya que á muchos de nuestros lectores no les sea posible ver por sí mismos esos grabados, pondremos aquí lo que la *ciencia* enseña sobre este particular.

«La conformación del cráneo del hombre adulto, dice uno de sus representantes, aun de raza proguata, comparada con la de los monos antropomorfos que han adquirido ya un entero desarrollo, presenta una diferencia enorme, y es de suponer que no ha hecho la comparación sobre las mismas piezas anatómicas el autor que escribía no ha mucho esta frase: «Hay casi tanta diferencia entre el cráneo de un europeo y el de un etíope, como entre el de éste y el de un mono .

»La cara del orangután ó del gorila, por ejemplo, en lugar de formar como en el hombre apenas la tercera parte del volumen total de la cabeza, forma

más de sus dos terceras partes. El cráneo del hombre es liso y redondeado en su superficie; el de los monos antropomorfos adultos está levantado con crestas huesosas muy salientes que limitan casi en todo su contorno la cavidad de la sien, la cual en su parte posterior se extiende muchísimo y es muy profunda por delante y por debajo, á causa de la desviación de los arcos cigomáticos; en esta cavidad se encuentra un músculo temporal muy poderoso y destinado á mover la enorme mandíbula inferior.

»Si se mira el cráneo del hombre por su cara inferior, siguiendo el método de Owen, se advierte que, cortando por medio en ángulo recto el diámetro longitudinal presentado por esta cara, esta línea trasversal toca el borde anterior del agujero occipital, mientras que en el orangután este agujero queda en medio del tercio posterior de dicho diámetro. Los arcos cigomáticos en el hombre, se hallan enteramente comprendidos en el tercio anterior del plano for-

mado por la base de la cabeza; al paso que en el orangután estos arcos, mucho más salientes hacia fuera, están cortados en su mitad por el diámetro transversal. El occipucio, muy combado en nuestra especie, está deprimido en nuestro pretendido pariente.

«Por fin, en el hombre el ángulo facial varía de 70 á 85°, en el orangután adulto no pasa de 40°. Ciertos autores le dan hasta 60°, pero hablan del orangután joven, y aun esta medida nos parece exagerada. También el hombre, al tiempo de nacer, tiene el ángulo facial más abierto que en la edad adulta, y llega ordinariamente á los 90°. La comparación, para ser exacta, no debe hacerse sino en la edad de completo desarrollo. Según Owen, el ángulo facial del chimpancé adulto no pasa de 30 á 35°, y el cráneo en esta especie parece colocado más bien detrás de la cara que encima.

«El cerebro de los monos antropomorfos presenta circunvoluciones mu-

cho menos numerosas y mucho menos profundas que en el hombre. En cuanto al volumen relativo de este órgano tan importante, las diferencias son enormes. Yo he medido la capacidad de un cráneo europeo de magnitud media, valiéndome de un medio análogo al que ha sido puesto en uso por Tiedeman, le he llenado de arena fina perfectamente seca, hallando ser su medida de 153 centilitros; la cavidad del cráneo del orangután adulto, por el contrario, no ha podido contener sino 0,44 centilitros. Si bien este procedimiento no es riguroso, es, sin embargo, lo bastante para darnos muy grande aproximación á la verdad. Ahora bien; de la experiencia que acabo de citar, resulta que la capacidad del cráneo del hombre, y por consecuencia el volumen de su cerebro, son casi tres veces y media mayores que los del cráneo del orangután». ¹

¹ Godron. *De l'espèce et des races dans les êtres organisés* T. II, lib. 3.^o, chap. 1.^o Paris, 1872.

Después de este largo pasaje, no estarán de sobra otros más cortos, pero idénticos en el fondo, que confirmen en todas sus partes las palabras de Godron. «Las diferencias que existen entre el cráneo del hombre y el del gorila son enormes», dice Hurley. «Guardémonos de disminuir demasiado las diferencias anatómicas que existen entre el hombre y sus afines de la clase de los mamíferos. Estas diferencias son tales, que hasta al experto anatomista echar una mirada sobre cualquiera parte un poco característica del cuerpo, por ejemplo el esqueleto, para distinguir al hombre del animal». Así escribe Büchner.¹

«No conocemos, añade Canestrini², especie alguna de mono, que sirva de tránsito á la nuestra. Si quisiéramos *forzadamente* derivar al hombre del mono, sería necesario buscar su cabeza en

¹ Véase la *Civiltà Cattolica*, del 22 de Abril de 1872.

² *Origen del huomo*, cap. 9.

aquellos monos pequeños, que se agrupan en torno de los cebos y de los onístitis, la mano en el chimpancé, el esqueleto en el siamanf, el cerebro en el orangután y el pie en el gorila.»

Esto está bueno. Ahora resulta, que para poder establecer con alguna verosimilitud anatómica y fisiológica, el parentesco entre el hombre y el mono, hay que dar por sentado que, allá en los tiempos del rey que rabió, tuvieron los monos de todas las especies y variedades una numerosa asamblea, de la cual salió acordado por unanimidad, que cada uno prestase, no dicen si á interés simple ó compuesto, al hombre un determinado miembro. De donde resulta, que nosotros somos la síntesis de la monería, una monada humana. ¡Y cuidado que esto lo dice la ciencia, en cuyo terreno estamos; es decir, la anatomía comparada!

Citaremos todavía, escogiéndolos entre muchos, los testimonios de dos escritores alemanes, que han estudiado

de una manera especial la materia esta de los cráneos, Bischoff y Aeby, citados por el P. Mendive, en su *Apología de la religión cristiana, vindicada de las imposturas racionalistas*.

Dice el primero: «El vacío entre el desenvolvimiento de las circunvoluciones cerebrales del hombre, y el de las circunvoluciones del orangután ó del chimpancé, no puede llenarse, ni ser comparado con el que divide al orangután ó chimpancé de los lemurídeos. Este le llenan las especies de monos existentes en el espacio intermedio; el modo de llenar el primero está por hallar todavía.»

El segundo autor termina así las observaciones hechas sobre miles de cráneos de diversas razas, tanto de monos como de hombres: «Resulta del conjunto, que la diferencia total del hombre al mono más cercano, es más considerable que la que separa á los monos entre sí. Por tanto, no dudo un sólo instante en afirmar que el tipo del

cráneo humano se diferencia del de los monos de la manera más completa; y que precisamente los monos antropomorfos se acercan, bajo este aspecto, mucho más, sin comparación, á sus aliados naturales y aun á los mamíferos inferiores, que al hombre.»

No queremos pasar adelante, sin protestar del uso de una palabra que nosotros mismos empleamos con frecuencia en estos artículos, por no separarnos del lenguaje corriente, aunque muy impropio. Nos referimos á la voz *antropomorfo*, aplicada al mono; y decimos que no está bien aplicada, porque ninguna especie de monos tiene forma de hombre, sino de cuadrúpedo. Llamar, pues, antropomorfo, es decir, de figura humana, al animal que tiene la figura de bruto cuadrúpedo, ó si se quiere, cuadrumano, es un contrasentido, es una contradicción palmaria, que no debe admitirse sin protesta. Sirvan como tal estas líneas.

Y concluyamos estas observaciones

con las de Quatrefages, acerca del modo de desarrollarse los órganos humanos y los del mono. Dice así:

«M. Pruner-Rey, resumiendo los trabajos descriptivos y anatómicos hechos hasta estos últimos años, ha demostrado que la comparación del hombre con los antropomorfos pone de manifiesto un hecho general, sujeto á muy pocas excepciones, á saber: la existencia de *un orden inverso* en el desarrollo de los principales aparatos orgánicos. Las investigaciones de Welker, sobre el ángulo esferoidal de Virchow, conducen á la misma conclusión; porque este ángulo disminuye en el hombre, comenzando desde su nacimiento, mientras que en el mono siempre va creciendo, hasta el punto de borrarle algunas veces. Sobre la base del cráneo es como el sabio alemán ha averiguado esta marcha inversa.

«M. Broca acaba de probar la verdad de otros hechos semejantes, estudiando el ángulo órbito-occipital. Un contraste

del todo semejante ha sido descubierto por Gratiolet en el cerebro mismo. He aquí cómo resume sus observaciones sobre este punto. «En el mono, las circunvoluciones temporo-esferoidales, que forman el lóbulo medio, aparecen y reciben su último desarrollo antes que las circunvoluciones anteriores, por las cuales está formado el lóbulo frontal. En el hombre, al revés, las circunvoluciones frontales son las primeras en presentarse, y las del lóbulo medio aparecen más tarde.» Es evidente, sobre todo según los principios más fundamentales de la doctrina darwiniana, que un ser organizado no puede descender de otro, cuyo desenvolvimiento siga una marcha inversa á la suya propia. Por consiguiente, el hombre no puede, según estos mismos principios, contar entre sus antepasados ningún tipo de monos, sea el que fuere.»¹

Entre nuestros lectores, habrá no

¹ *L'espèce humaine*: Chap. 11.

pocos que carezcan de conocimientos en historia natural, y mucho más en anatomía. Estos entenderán el argumento de Quatrefages, considerando que si dos personas marchan una á la derecha y otra á la izquierda, no es posible que se encuentren. De la propia suerte, si el hombre y el simio llegan á su desarrollo por caminos contrarios, evidente es, no sólo que ninguno desciende del otro, sino además que no tienen ningún género de parentesco entre sí, como pretenden los defensores del transformismo.



XVI.

RAZÓN FILOSÓFICA DEL DARWINISMO.

Dos formas tiene la soberbia humana
 Que infatua egoismo glorifica;
 La vanidad liviana
 Del escaso saber, que nada explica,
 Incrédula razón de poco precio,
 Necia sonrisa que distingue al necio;
 Y razón orgullosa,
 Que arguye con dogmática elocuencia
 Contra toda aserción maravillosa,
 En nombre del saber y de la ciencia.

MAMOS á concluir nuestro trabajo
 exponiendo la causa que dió
 vida y se la conserva al evolucionismo,
 al menos en cuanto se refiere al hom-

pocos que carezcan de conocimientos en historia natural, y mucho más en anatomía. Estos entenderán el argumento de Quatrefages, considerando que si dos personas marchan una á la derecha y otra á la izquierda, no es posible que se encuentren. De la propia suerte, si el hombre y el simio llegan á su desarrollo por caminos contrarios, evidente es, no sólo que ninguno desciende del otro, sino además que no tienen ningún género de parentesco entre sí, como pretenden los defensores del transformismo.



XVI.

RAZÓN FILOSÓFICA DEL DARWINISMO.

Dos formas tiene la soberbia humana
 Que infatado egoismo glorifica;
 La vanidad liviana
 Del escaso saber, que nada explica,
 Incrédula razón de poco precio,
 Necia sonrisa que distingue al necio;
 Y razón orgullosa,
 Que arguye con dogmática elocuencia
 Contra toda aserción maravillosa,
 En nombre del saber y de la ciencia.

MAMOS á concluir nuestro trabajo
 exponiendo la causa que dió
 vida y se la conserva al evolucionismo,
 al menos en cuanto se refiere al hom-

bre como producto natural de las fuerzas de la materia, progresivamente des-envueltas y perfeccionadas.

Decimos con relación al hombre, porque si bien no se ha demostrado ni se demostrará jamás, la trasformación de una especie en otra, la afirmación de esta hipótesis respecto de las especies irracionales no tiene en el orden moral los gravísimos inconvenientes que cuando la evolución se hace llegar al género humano.

Ni tampoco en el orden religioso íntimamente unido con el orden moral, pues nada hay definido respecto al modo de la aparición de los animales brutos, como lo hay respecto á la aparición del hombre, debida únicamente, según enseña la fe católica, á la operación inmediata de Dios que formó su cuerpo y creó su alma.

Y hénos aquí con la clave de las doctrinas trasformistas. *El alma.*

El alma, que informa el cuerpo de cada uno de los hombres, es lo que no

quieren ver en sí mismos los defensores de esas teorías materialistas, para quienes no hay diferencia esencial entre el perro que ladra en el corral y el amo que escribe en el gabinete.

¡Desgraciados! De ellos ha dicho hace mucho tiempo un escritor inspirado: «El hombre constituído en honor, no ha tenido discernimiento, se ha igualado con los insensatos jumentos y se ha hecho como uno de ellos». ¹

Mas como no nos gusta calumniar á nadie, aunque sea trasformista, pondremos aquí algunos testimonios que comprueben nuestra afirmación.

Haeckel describe así nuestro origen: «En la inmensa duración de los tiempos terciarios, fué cuando los monos catarinos, cuyas garras ya se habían convertido en uñas, debieron perder su cola, despojándose parcialmente de sus pelos, predominando el cráneo cerebral sobre el facial. Mas tarde, las extremi-

¹ PSALM. XLVIII, 13.

dades anteriores llegaron á ser las manos del hombre, las posteriores se convirtieron en pies, y se presentaron al fin hombres verdaderos por la gradual transformación del grito animal en sonidos articulados. El desarrollo del lenguaje fué causa suficiente del desarrollo de los órganos que le son necesarios, como la laringe y el cerebro. ¹

Su maestro Darwin, aunque al hablar del origen de las especies excluyó al hombre de su teoría transformista, más tarde, en otro libro que publicó con el título de *La descendencia del hombre*, se explica en estos términos: «El hombre desciende de un mamífero veloso, provisto de cola y orejas puntiagudas, que probablemente vivía sobre los árboles y habitaba el mundo antiguo. Un naturalista que hubiera examinado la conformación de su ser, le habría puesto entre los cuadrumanos». ²

¹ *La creation naturelle.*

² Chap. 6.

¡Qué honor para la familia! ¡Y cómo nos enaltecen estos sabios! Aquí viene bien aquello de

Mira cómo subo, subo,
De pregonero á verdugo.

Los naturalistas posteriores, que siguen las huellas de Darwin, hasta tal punto están conformes en suprimir el alma, que de esto ya no se discute, se da simplemente por sentado y se pasa á otra cosa. La gran discusión entre los alemanes, según testificaba Vogt, en el año 1877, tenía por objeto averiguar á qué clase de antepasado toca la gloria de haber producido al hombre, decidiéndose unos por los *ascidios* y otros por los *anélidos*.

Los franceses se expresan así en la *Revista de ambos mundos*: «Todos los seres se tocan, forman una cadena de vida... En esta jerarquía de seres ocupa el hombre el primer lugar, pero no está fuera de la familia (*gracias por la lisonja*). Los mismos órganos, los

mismos aparatos, las mismas funciones, el mismo nacimiento, *la misma vida*, (!) *la misma muerte*, (¡eso quisiérais!)... No hay dos maneras de morir, una para ese semi-Dios que llaman hombre, y otra para el bruto. El hombre y el bruto perecen del mismo modo. Detiéndose el corazón, la respiración cesa, pierde el sistema nervioso sus propiedades, y luego los átomos químicos constitutivos del cuerpo, se esparcen tomando diversas combinaciones. El carbono y el oxígeno que hay en el hombre, no se distinguen del carbono y el oxígeno que forman parte del cuerpo de los brutos... En consecuencia, puede darse por sentado que no existe ese abismo que llaman infranqueable entre el hombre y la bestia.¹

La lectura de esas frases de ignominia para la llamada *ciencia contemporánea* nos ha traído á la memoria otras frases idénticas escritas en un libro que

¹ 15 de Febrero de 1883.

vió la luz hace 30 siglos, donde los *sabios* de entonces hacían las mismas observaciones, sacando idénticas consecuencias.

Hé aquí las frases á que nos referimos: «Porque lo mismo perece el hombre que los jumentos, é igual es la condición de uno y de otros, pues como el hombre muere, así mueren ellos; todos respiran de la misma manera, y nada tiene el hombre sobre el jumento; todo está sujeto á la vanidad, y todas las cosas van á parar á un mismo lugar; de la tierra fueron hechos y en tierra igualmente se convierten. ¿Quién ha visto si el alma de los hijos de Adán sube hacia arriba y el alma de los brutos cae hacia abajo?»¹

¡Es decir, que en fuerza de progresar *científicamente*, hemos desandado 30 siglos!

Trátase sencillamente de eliminar el alma; incógnita que atormenta lo in-

¹ ECCLES. III, 19-21.

decible á los defensores del origen simiaco del hombre, y de la cual quisieran verse libres, como sus antepasados, para vivir sin aprensión y sin cuidado de rendir á nadie cuenta de sus acciones.

Esta es, lo diremos sin rebozo, la causa impulsiva que mueve á muchos naturalistas á no ver en el hombre más que una bestia perfeccionada, cuyas funciones, sin salir jamás del orden material, son un poco más elevadas que las de los brutos. De aquí la negación de la diferencia esencial entre unos y otros seres; porque no siendo el hombre más que un bruto civilizado, no puede tener responsabilidad moral, ni puede ser regido por otras leyes que las que presiden el desenvolvimiento orgánico de la materia. Atracción, repulsión, afinidades químicas, reacciones, etc., etc., será todo lo que opere en el hombre, si éste no es otra cosa que un pedazo de materia orgánica.

Esta doctrina, que ha hecho y está haciendo estragos en otras naciones, es

la que, bajo el especioso nombre de *ciencia*, quiso en mala hora difundir entre nosotros el director del Instituto provincial; doctrina que, no teniendo menos de ridícula que de irracional, inmoral y antirreligiosa, debe ser combatida con la razón, con el ridículo y con las armas de la fe; doctrina que, á los ojos de la ciencia natural, es una abyección sin fundamento alguno en la naturaleza, pues toda ella se basa sobre hipótesis, que ni se han podido ni se podrán probar nunca; doctrina contradictoria también por la sana filosofía, á la cual toca investigar el origen de los seres, que no puede ser objeto de la experiencia, por lo mismo que está fuera y sobre la experiencia.

No es menester ser un lince para conocer los resultados funestos de esa doctrina en el orden social. Si el hombre no es más que el hijo del bruto, se acabó la moral y con ella la vergüenza, concluyendo el infeliz humano por ser tan desvergonzado y tan imprudente

como el mono su padre. Por consiguiente, ¡viva el amor libre!

Si el hombre no tiene alma racional que le distinga esencialmente del bruto, se acabó la religión y con ella la vida futura. Luego no hay más que gozar en la presente cuanto podamos, sin reparar en medios ni tener escrúpulos necios que nos lo impidan; pues en último termino, la sociedad no será otra cosa que el derecho del más fuerte, y la lucha por la existencia, una de las leyes darwinianas, exigirá de nosotros que en vez de amar al prójimo como á nosotros mismos, le demos contra una esquina.

Sin embargo, contra esa abyecta teoría, protestará siempre el sentido común del hombre y la ciencia verdadera, que, fundándose en la observación racional de los hechos, halla en todas partes y en todas ocasiones la manifestación de la inteligencia, de la libertad y del pudor, por no fijarnos en otras señales inequívocas de la espiritualidad,

lo mismo en el negro más bozal, que en el blanco más civilizado.

De intento no hemos querido tocar estas cuestiones, porque dicen que la ciencia no entra en consideraciones abstractas y se atiene solamente á los hechos observados por los naturalistas.

Tampoco queremos nosotros salir del campo de la experiencia, y por eso nos fijamos en hechos. Sólo que hay por fuerza que admitir alguna deducción ó inducción, aun cuando se trate de hechos solamente, pues de otra suerte no hay ni puede haber ciencia.

Ahora bien, los hechos observados, así en el hombre como en el bruto, prueban de un modo incontestable que el hombre es un ser inteligente, libre y moral; mientras que el bruto, aun el más adelantado, carece de aquellas tres propiedades esenciales al hombre, á pesar de todas las semejanzas de organización que pretendan encontrarse entre ambos. Y si hay distinción esencial, no puede proceder el uno del otro por

generación; porque esta, conforme á las enseñanzas de la filosofía y de la ciencia, sólo se da entre seres de la misma esencia, entre seres específicamente idénticos.

Precisamente este es el argumento de los darwinistas: el hombre desciende del bruto, luego no hay entre uno y otro diferencia esencial. Hemos probado en este pequeño trabajo la falsedad del antecedente; podemos por lo mismo negar la consecuencia.

Ahora retorremos el argumento, como dicen los escolásticos, y asentamos así nuestro raciocinio. El hombre se distingue esencialmente del bruto; luego no procede de él. La legitimidad de esta deducción, no puede ser negada, sin dar al traste con toda la teoría darwinista; por lo cual fáltanos solamente ver si es cierta la premisa, y esto de un modo más directo que el usado hasta aquí, con lo que llegaremos á la misma consecuencia del ningún parentesco próximo ni remoto, entre

el género humano y el mono ú otra bestia cualquiera.

Ensayemos.

Todo fenómeno necesita una causa que le produzca, y una causa proporcionada á la naturaleza misma del fenómeno. En este principio está fundada toda la ciencia de la naturaleza, y sin él la ciencia se hace imposible. Así, observando los sabios los fenómenos naturales, haciendo experiencias repetidas, y comparando hechos con hechos, han deducido las leyes por que se gobierna el mundo.

Si, pues, comparando los fenómenos observados en el hombre, aunque sea en estado de salvaje, y los observados en el bruto más perfecto, encontramos que distan inmensamente los unos de los otros, lógicamente deduciremos, que la causa productora de unos está á inmensa distancia de la que produce los otros.

Ahora bien: mientras vemos que en los brutos hay cierta inmovilidad causal, que no les permite adelantar un paso

en su modo de obrar, en el hombre, al contrario, se observa tal movimiento, tanta diferencia en sus actos y en el modo de proveer á sus necesidades, que le separa en este punto totalmente de toda clase de brutos. Algunos de estos, viviendo entre los hombres, y pudiendo observar los adelantos y las variedades del progreso humano, están como sus antepasados de hace muchos siglos, sin adelantar lo más mínimo en sus operaciones, sin variar un ápice ni retroceder, como una máquina impulsada por cierta fuerza motriz inconsciente é incapaz de determinarse y mudar de dirección. Así vemos que las golondrinas edifican sus nidos de igual forma un año que otro año y un siglo que otro siglo, sin que sea posible distinguir ni el más pequeño adelanto, ni la más pequeña variación. Y eso á pesar de construirlos unas veces en miserables chozas, y otras en magníficos palacios de varias formas y de órdenes de arquitectura distintos.

¿Qué significa esto, sino que ningún bruto—porque lo que decimos aquí de las aves, es aplicable á todos los brutos, aun los más perfectos—tiene ideas propiamente dichas, ni discurso, ni raciocinio de ninguna especie, sino que obra en él una fuerza ciega, que ni adelanta en los más perfectos, ni atrasa en los más imperfectos, y que es, como la llama el ilustre Duilhé, *la inercia del instinto?*

Lo mismo ladra el perro de hoy y rebuzna el burro que en los tiempos de Homero y de Moisés: lo mismo muge el buey y bala la oveja de nuestros campos, que las apacentadas por Jacob en casa de su suegro, y en la Palestina. Y como las ovejas, los bueyes, los asnos, y los perros de Europa, así balan, mugen, rebuznan y ladran los de Asia y América.

Volvamos la hoja y veremos salir de los antiguos salvajes á los Bufones, Lineos, Lavoisieres, y tantos sabios que desde las hachas de piedra puli-

mentada han llegado al ferrocarril y al teléfono.

Pues bien: la inmovilidad y el movimiento no pueden tener una misma causa, la inercia y la actividad no pueden hallarse á la vez en un mismo sujeto. O lo que es lo mismo, el sujeto activo se distingue esencialmente del sujeto inerte. Luego el hombre esencialmente es distinto del bruto; hay en el hombre un principio de que aquel carece; tiene un alma racional, espiritual é inmortal. Alma que se ve clarísimamente en las obras humanas. Alma que pregonan á una voz los fenómenos observados en la especie humana, sin necesidad de salir para nada del método de observación.

Como consecuencia de la facultad cognoscitiva hallamos en el hombre otros fenómenos de que ni rastro siquiera se encuentra en el mono, ni en los demás animales. Tales son los que constituyen al hombre como ente moral y religioso; fenómenos que suponen

desde luego las ideas abstractas, universales y suprasensibles; fenómenos que se han observado en los hombres salvajes, lo mismo que en los civilizados, sin excluir las tribus más atrasadas, como lo hizo observar Quatrefages respecto á los tasmanianos, de quienes dice Lubbek que, «apenas los viajeros parecen considerarlos como seres dotados de razón».

¿En qué clase de brutos hállese semejantes ideas, y cuáles son sus manifestaciones?

Concluimos, pues, nuestro breve estudio, sobre el trasformismo con las siguientes frases de Faivre: ¹ «Esta hipótesis no se legitima, ni por su principio, que es una conjetura, ni por sus deducciones, que en ninguna manera confirman la realidad, ni por sus demostraciones directas, que apenas llegan á inverosimilitudes, ni por estas dos consecuencias extremas, que así la ciencia

¹ *La variabilité des espèces et ses limites.*

como la dignidad humana nos prohíben aceptar, á saber: la generación espontánea y el parentesco íntimo y degradante con el bruto. A pesar de toda la habilidad é ingenio con que ciertos sabios se han esforzado en defender esta doctrina, la razón y la experiencia han dejado en pleno vigor el juicio profesado por Cuvier, diciendo que «entre los diversos sistemas relativos al origen de los seres organizados, no hay ninguno menos verosímil que el que hace nacer de la variabilidad uno tras otro, los diferentes géneros, por desenvolvimientos y metamorfosis graduales».

¿No es verdad que se han lucido los darwinistas?

¡Puede el mono darse tono
Con semejantes parientes!

¡Vaya! como que esas gentes
Están por bajo del mono...

FIN.

INDICE.

	Págs.
CUASI PRÓLOGO.....	5
I PRELUDIOS.....	9
II LÓGICA DARWINISTA.....	15
III ABUELOS DE LA NIÑA.....	24
IV DARWIN.....	35
V UN CANTO RODADO.....	41
VI LUCHA TERRIBLE.....	49
VII FLOR Y NATA.....	59
VIII CAMBIO DE POSTURA.....	69
IX EL IDIOMA DE LA GEOLOGÍA...	79
X DE REPENTE.....	91
XI LA PALEONTOLOGÍA EN DANZA.	103
XII EL HOMBRE ¿ES YA VIEJO?....	115
XIII SOMOS Ó NO SOMOS SALVAJES...	133
XVI REVELACIONES DE UN BISTURÍ..	145
XV LAS CALAVERAS.....	167
XVI RAZÓN FILOSÓFICA DEL DARWINISMO.....	183

Se hallará esta obra en las principales librerías de Madrid y provincias á 1,50 pts.

Los pedidos á los Sres. Viuda e Hijo de Aguado, Pontejos, 8.

En los mismos puntos se hallarán las obras siguientes:

UN LIBRO DE TEXTO, Zurrubanda al <i>Curso de Historia de España</i> de Don Anselmo Arenas, dos tomos en 8.º.	2	PTAS.
DE SANTO TOMÁS Ó DE KRAUSE, incompatibilidad del Krausismo con la doctrina católica, un tomo.	2,50	
LA INQUISICIÓN, observaciones acerca de este tribunal.	0,50	
PEDRO BLOT, narración de Paul Feval, un tomo.	2	PTAS.
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, por Don Antonio de Valbuena (<i>Miguel de Escalada</i>), un tomo en 8.º.	3	PTAS.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS, por D. Antonio de Valbuena (<i>Venancio González</i>), tercera edición, un tomo en 8.º.	3	PTAS.
HISTORIA DEL CORAZÓN, idilio.	0,50	

QHE
S5
C.